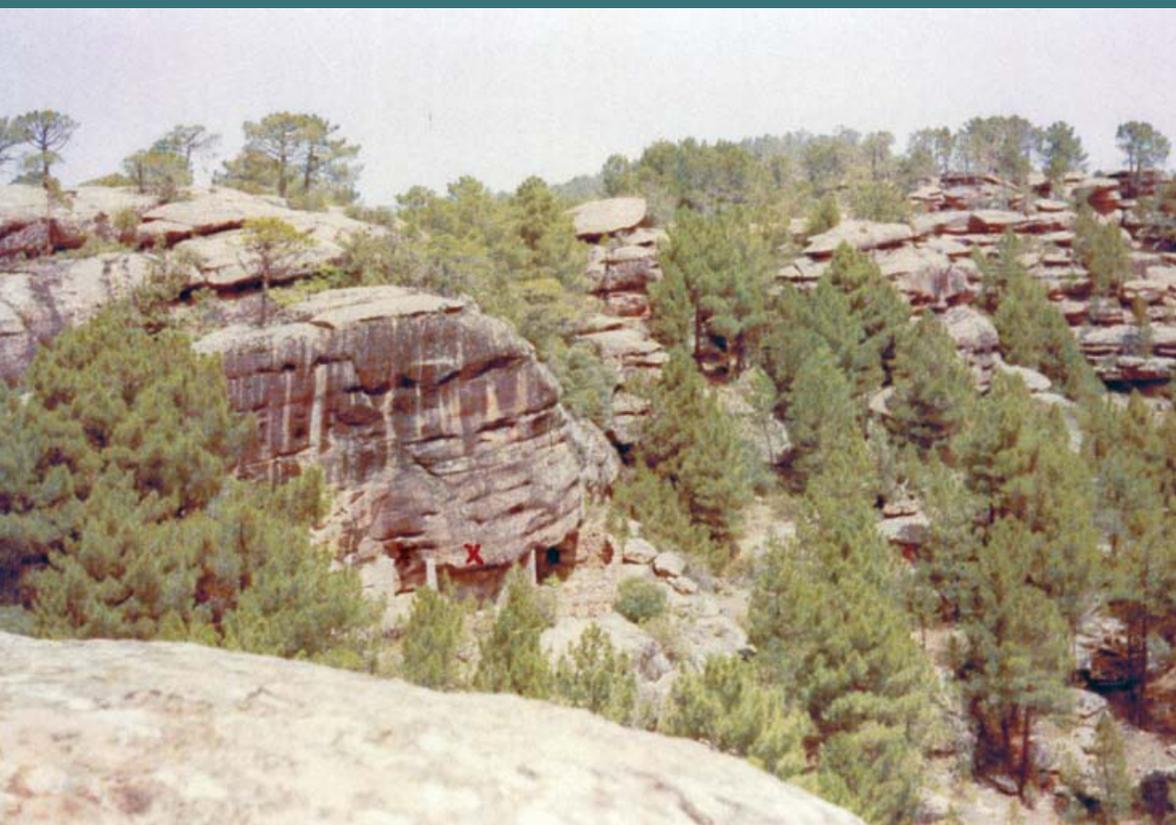


MIS ANDANZAS POR LAS TAJADAS



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

Mis Andanzas por las Tajadas

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Vista de Tajada Enmedio / Desde Tajada Bajera*. J.S., 1983

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

Imprime: Navarro & Navarro Impresores

IMPRESO EN ESPAÑA - Julio 2013

PRIMERA PARTE

Mis Andanzas por Las Tajadas

Presentación

Tiene el presente trabajo dos partes diferenciadas, si bien en lo sustantivo están íntimamente ligadas por lazos de simpatías y realidades sociales.

La primera parte sustancia y acerca las emociones, de cómo unos trabajos que se hacían para un determinado fin. A su vez invadían otro que para mí suponía obligaciones más necesarias. Eso supuso un profundo cambio en sentimientos y actuaciones habituales, derivando desde ese mismo momento hacia un empirismo del que ya no me he podido desprender.

Eran tiempos de sumas carencias y necesidades de todo tipo. Cada esfuerzo tenía una finalidad, trabajar por un trozo de pan, ya desde las aulas de la naturaleza, ganadería y labores agrícolas exclusivamente o compartidas con el aula de la escuela rural, desde muy cortas edades; y ésta última era la mía, hacía de todo un poco mientras me lo permitió la edad.

La segunda parte se cita un tanto como simple constatación de hechos y apoyo bibliográfico; otro tanto también como constatación de hechos comunes que el tiempo suele enfriar. Se refuerza así la fragilidad y modestia del sujeto que, aparentemente, realizó labores menores, y hasta ciertas susceptibilidades, sin alterar en nada labores dominantes. Las cosas se hicieron de ese modo, si bien a manera que transcurre el tiempo, a uno le entran dudas si se pudieron hacer mejor entonces o si lo han podido mejorar los bien preparados y documentados que han llegado después, o los arribistas de ocasión.

El Autor

Introducción

Las Tajadas, topónimo con que se conoce un singular paraje, a 22,800 Km. de Teruel (dos desde Bezas) a la derecha de la carretera A-1513.

Un conglomerado de peñascos de piedra rodada, cimas peladas, barridas por el viento, que en las fisuras y grietas a todos los niveles y direcciones crecen abundantes pinos y chaparros de varias especies. En sus bases gran cantidad de huertos de secano y regadío, entre cañones y laberínticos pasadizos que conforman un paisaje cautivador. Los propietarios de las fincas se abastecían de forrajes y verduras, degustando también abundantes espárragos que se crían entre zarzas que dan exquisitas moras y entre plantas olorosas; frutales adornaban las lindes y ribazos, de lo que son fieles testigos los tocones comidos por las orugas.

Felices debieron sentirse aquellos otros antiguos pobladores, con la abundante caza y pesca, y frutos, cuando se hicieron agricultores. Refugios seguros, pétreos lienzos y abrigos y carasoles en donde podían practicar el arte de la pintura y el grabado, de los que son fiel reflejo los abrigos de Tajada Bajera, Tajada Enmedio, Campanario I y II y otros. Felices aquellos abuelos nuestros artistas, felices nosotros por la herencia que nos dejaron. En Las Tajas, hay arte y belleza.

* * *

Nos encontramos en la puerta más meridional de entrada a la Sierra de Albarracín, de este encantador paisaje de pinares del Rodeno de difícil superación en bondades y bellezas, del que los encargados de su custodia y mantenimientos habrán de dar ejemplo –sin pasarse–, de lo que fueron capaces de hacer, en todo tiempo, incluidos periodos de industrialización, las gentes que por allí vivieron; la forma en que nos han entregado esos territorios, tras haber sacado de él parte de su habitual sustento.

* * *

Lejano ya el año 1984, cuando hablaba yo de estas cosas. Mucho más lejano 1945, cuando el arqueólogo Ortego Frías me transformó de simple muchacho que acababa de dejar, por imperativo legal, la escuela rural de Bezas, en aficionado a estas cosas de la arqueología rupestre; fue una especie de premonición de las inquietudes que sigo teniendo.

* * *

Asiduo de las Tajadas, para trabajar en mi cerrado de El Toril; rico yacimiento del que nadie nos había advertido, si bien era de común conocimiento que por toda la zona aparecían infinidad de huesos, cenizas, cerámica y utensilios diversos que no eran de la época.

Yo disfrutaba recorriendo los callejones y rincones más ocultos, cimas y peñascos, arriesgando imprudentemente el físico en muchas ocasiones. Sabíamos, por lo que nos contaban los abuelos, lo poco que nos decían en la escuela, que en Las Tajadas, y sobre todo en la Peña del Hierro, habían vivido los moros; así que había que “buscar el tesoro”. Así, con las energías y emociones de esa primera juventud virgen en tantas cosas; con tantas ganas de aventura, perdí horas de mi trabajo en el huerto antes de que Ortego llegara allí, –también después de llegar- y cuando él terminó la visita y se marchó me encargó seguir buscando; un “lamín” que me ayudó a conseguir resultados interesantes, -no tanto para el laboreo del huerto- por la estupenda impresión y la simpatía de Ortego; ambos encontramos en mi huerto lo que buscábamos, él llevarse restos de cerámicas, además de una información importante y yo valor añadido para subir a Las Tajadas y remover más la Tierra.

* * *

Sirvieron de mucho las lecciones de Ortego, ya lo creo.

Ciertos éxitos, con frecuencia, suelen ser circunstancias casuales; y sin este encuentro entre el arqueólogo Ortego y yo, es casi seguro que el célebre cuenco de cerámica que se conserva en el museo de Teruel, no se hubiese encontrado, dada la dificultad del sitio donde fue localizado, y la mucha mayor dificultad de encontrar gente dispuesta a ayudar a un “señorito” llegado a buscar “cascotes y robarle a uno” el tiempo en sus labores y además gratis. No, no, allí entonces no era fácil comprender esas cosas. Eso solamente eran capaces de hacerlo la gente que tenía muchos “pájaros en la cabeza”. Pero mereció la pena.

* * *

En el año 1951 Ortego recogió en un librito, que me dedicó, el resultado de aquellas prospecciones que hicimos juntos, libro que yo creo sería distribuido entre círculos muy limitados. En Diciembre de 1984, en el Diario de Teruel expresé mis “quereres” por Las Tajadas de Bezas, con la intención de mover algo todo aquello; había que colaborar para que nuestros descubrimientos se conocieran más entre los de fuera y quedasen algunos valores añadidos en el pueblo, dada la regresión de su población, por la pasada y constante emigración, que está diezmando y poniendo en peligro la viabilidad del municipio como ente local, con todo lo que ello representaba.

* * *

Hoy, transcurridos casi treinta años de aquel artículo mío; 62 de la publicación del libro de Ortego y 68 de las prospecciones en Las Tajadas; fallecidos ya casi todos los protagonistas, el mismo Ortego, he pensado que quizás fuese necesario poner al día y refrescar lo ocurrido; acudir al texto e ilustraciones del citado librito, haciendo algunas correcciones debido al envejecimiento y la perversión propiciados por la distancia de los hechos,

incluso la molicie que suele apoderarse del sujeto, vete tú a saber el porqué de los motivos con qué intenciones se llegan a cometer los desvíos o aberraciones.

Porque en tan largo periodo de tiempo hemos logrado descubrir nuevas pinturas de arte rupestre, y no solamente en Las Tajadas, (que han sido estudiadas por facultativos de la D.G.A.) por lo que se hace necesario darlas a conocer.

* * *

Lejos de arrogarme méritos ajenos, sí que lo mío es puramente vocacional, y de dicha vocación y desvelos, cómo no, he conseguido satisfacciones; y por lo mismo felicito a otros paisanos míos que, con esfuerzo y perseverancia también, han contribuido de manera notable a descubrir el patrimonio cultural del Rodeo de Bezas, y, cómo no, otros abrigos que están fuera del reducto de Las Tajadas de Bezas también.

* * *

Dicho lo cual tampoco ha de verse este trabajo-introducción, como prólogo propiamente dicho, que en todo caso correspondería hacer a otros.

Y menos aún al trabajo de Ortego en las prospecciones, y su libro correspondiente a Las Tajadas de Bezas, (que aprovecho como bibliografía) pero podría ser así. Y déjeseme que, al menos, desde aquí, me convierta en sincero mentor de su obra de investigación en Las Tajadas de Bezas, en aquellos tiempos y sus circunstancias tan penosas. Don Teógenes Ortego Frías, con sus trabajos de prospecciones e investigación en muchos pueblos de Teruel pero especialmente en cuanto corresponde al mío, hizo una gran labor, pese a las circunstancias, y se lo hemos reconocido los bezanos, que hemos empleado mucho tiempo y no hemos dejado que su obra muera, que debe darnos valores añadidos, sin dudas.

J.S.V
Mayo 2013

Mis Andanzas por Las Tajadas Trabajos en el huerto de El Toril

El lugar es encantador a más no poder, riquísimo en sorpresas, como pocos. Está brindando a los estudiosos una oportunidad extraordinaria, estudiar y al propio tiempo pasarlo muy bien; porque metido uno en Las Tajadas se vive la naturaleza con toda la fuerza, no hay otro remedio y queda uno allí atrapado; el espíritu adquiere proporciones de gran altura; la huella humana te sale al paso por cualquier rincón. Allí han vivido civilizaciones rudas, que han modelado el paisaje en todo su entorno, hasta el extremo de quedarte la duda de si cuanto ven tus ojos lo creó la naturaleza o fue diseñado por artífices locales.

Uno se siente en Las Tajadas de Bezas vigilado constantemente, a pesar de la soledad. Por poco imaginativo que el visitante sea; por poco que examine el lugar donde pisa, quedará totalmente identificado con el lugar. Tendrá que admitir que solamente con una elevadísima dosis de cariño al solar donde uno vive, se es capaz de realizar tales prodigios.

Yo no dudo en afirmar que en aquellos tiempos y para aquellas gentes, Las Tajadas de Bezas eran un rinconcito perdido del Paraíso.

Subir a Peña del Hierro, a Tajada Bajera, a Tajada de Enmedio; recorrer sus calles, sus pasadizos, sus despeñaderos. Imaginaros todo aquello hace miles de años, surcado por un río de aguas cristalinas.

Vuestra retina captará todo lo demás.

* * *



Vista panorámica de Las Tajadas. De derecha a izquierda: Tajada Bajera; Tajada Enmedio; Peña del Hierro. Entre ambas, Yacimiento El Toril. 1974

Andaba yo por los 14 ó 15 años, allá por el año 1944 ó 1945, no lo recuerdo bien, que la época aquella que nos tocó vivir permanece en nosotros, al menos en mí, aún mucho más oscura que lejana, a pesar de tantos años transcurridos.

Era yo un muchacho tirando a alto, secucho, renegrado y llevaba una boina en la cabeza, de medio lado, muy a lo pueblo, capada y todo, como corresponde a toda boina que se precie un poco de haber cubierto testa de mocoso. Así se me ve en las fotografías que mi recordado y querido amigo Teógenes Ortego, a la sazón inspector de enseñanza primaria en Teruel, me hizo en la cima de Tajada Bajera, junto a la tumba primitiva que yo descubrí, y en mi huerto de El Toril, junto con Marcial y la perra Carolina, y en peña del Hierro al pie de acceso a la misma, todo recogido en ese librito de arqueología que él publicó en el año 1951 y que conservo con todo cariño. Era yo mozuelo imberbe, con mucha afición a las letras y a las cuentas, como por allí se dice. Aproveché al máximo mis años de enseñanza primaria y en clase ocupé siempre un lugar destacado. Yo leía mucho, era mi máxima afición, tenía confianza plena en que con ello contribuiría a mi autoeducación; eran tiempos heroicos en todos los aspectos; de maestros interinos con cara de hambre y fumando cuarterón, dos cosas de lo más corriente por entonces.

Yo no pude pasar de estudios primarios por falta de medios económicos, tenía que ayudar con mi trabajo, como tantísimos niños de entonces, a la economía familiar. Así que no tenía otra opción que leer mucho, todo lo que caía en mis manos, que no era gran cosa.

* * *



Las Tajadas, Bezas. El Toril. 1960

Yo tenía un huerto en Las Tajadas, en el lugar denominado El Toril y allí me pasaba, solo o con mi padre y mi hermano, largas horas y días, removiendo la tierra, haciendo la pared de piedra que todavía se conserva bien firme; regando cuando el pozo tenía agua, quitando escarabajos a las patatas que siempre resultaba más barato que sulfatarlas, aunque menos eficaz.

Andaba por las enormes piedras como por mi propia casa; recorría los senderos y callejones impresionantes una y otra vez, incansable, mirando los lazos a ver si cogía algún conejo, mirando de reojo, como temiendo que de un momento a otro toparía con el espectro de algún moro de aquellos que, según la leyenda, habitaron aquellos parajes y que dejaron tantas huellas en Peña del Hierro, en Tajada Bajera y que antes de marcharse de allí, debieron de romper sus pucheros y utensilios; por eso mismo aparecían tantos cascotes al cavar el huerto, y tantos huesos de rumiantes; y además yo había descubierto huesos humanos en una cueva de la cima de Tajada Bajera, que debían corresponder a algún jefe moro. Claro, luego se demostró que por allí no hubo moros, al menos en forma permanente.

Desde mis atalayas habituales y preferidas, cuando buenamente me parecía, porque yo entonces no tenía más amo que me mandara que mi padre; cuando me sentaba a comer o merendar, me entregaba con pasión y placer inmaduros a las más diversas e hipotéticas aventuras de juventud. Porque el lugar invitaba a ello.

Veía pasar una y otra vez incansable, aquel estornino con su comida en el pico, camino del yedral viejo, enorme, que había enfrente de mi huerto, donde todos los años, invariablemente, construía su nido.

Y el picarrelincho aquel con su cantar tan peculiar, estridente y alocado, siempre dando picotazos en los troncos cercanos, que perforaba con increíble facilidad y rapidez y donde hacía su nido.

Y el turcazo desconfiado y veloz, cuando descendía hasta el río para saciar su sed con rapidez y precaución.

Y el cuervo, inmensas cantidades de cuervos, grandes, negrísimos, poderosos, siempre graznando por encima de las peñas; agoreros, astutos y burlones, predispuestos siempre a incordiar a todo pájaro que se les pusiese delante, a la rapiña, que no dejaban nueces en los cercanos nogales.

Y aquellas encantadoras y vivarachas ardillas que con tanta frecuencia se dejaban ver por las enormes paredes rocosas, equilibristas consumadas, haciendo deliciosos momos con sus hociquillos, con su enorme cola enhiesta, enseñando su tripita de un blanco immaculado, saltarinas y osadas, que con tanta frecuencia hasta llegaban a fisgonear cerca de nosotros, mientras la perra Carolina se mantenía callada.

He oído el maullido poderoso del gato, el ladrido estúpido del zorro, allá por el Barranco del Lobo, al noroeste de la Peña del Hierro, por los cerrados del tío Calixto, hoy con frondosos pinares aún.



Búho Real / Cargo



Águila Perdicera

Se veía volar al azor, al gavilán con su característico piar lastimero; el águila lebrera majestuosa, trazando en el espacio círculos bellísimos, alrededor de Peña la Magra, de peña del Acerolo, donde convivían, donde anidaban todos los años.

Y ya de noche se oía potente la voz del cargo, ese rey de las tinieblas que más de un susto nos daba, con esa voz burlona intimidatoria. Confieso que más de una vez se me pusieron los pelos de punta.

En la imperante soledad del lugar cualquier signo de vida era fácilmente perceptible.

Mis agudos sentidos traducían con increíble rapidez el mensaje, con orientación inequívoca, ya se tratara del canto de un ave, el silbido de un reptil por allí tan abundantes; el bocinazo del coche correo, vetusto y torpón que tanto recuerdo, porque cuando pasaba ya estaba cerca la hora de dar de mano en el trabajo; de aquel camión de la resina, que conducía Paco, el alicantino, de los camiones de la madera.

Se escuchaba con sumo placer el silbar y el canto del resinero que por allí trabajaba, el eco de los legonazos que mi primo Agustín daba en su increíble huerto, casi en la cima de Tajada Bajera, quizás vestigio legendario de huerto troglodita. Allí encontramos el gran vaso que está en el Museo de Teruel.

Y los piropos que el tío Florentín o su hijo, Leoncio, echaban a la mula cuando estaban labrando aquel gran cerrado de Pradillo Redondo, al pie mismo del gran Cantil de Tajada Bajera, base de caza de aquellos primitivos, que dejaron su huella en el abrigo allí existente.

Y las risas sonoras, juveniles y frescas de las guapas mozas de Bezas que alguna tarde subían a los huertos del río a coger cerezas, moras y a darse de paso un escarceo por el lugar.

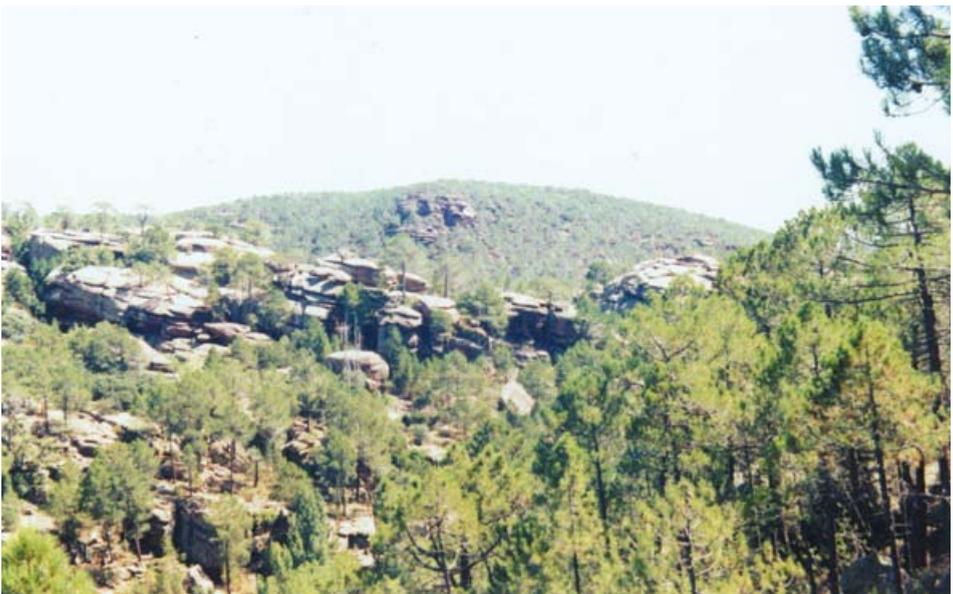
Alguna vez, por el cañón de Cueva Morena, hacia el Barranco de las Canales, para retumbar ya débilmente en el peñón del Cortado, salía la voz de Joaquín, de allá de la Balsilla, que debido a su sordera se le escapaba más fuerte de lo normal y algún rediós que otro se oía, dirigido a los machos cuando labraba su huerto, donde se crían las mejores calabazas, que sin duda admirarían quienes subían a Peña del Hierro en otoño; porque forzosamente hay que pasar por allí.

Y algunas tardes aquel sordo, pausado con el calor, silencioso, caminar de los corderos que alguna moza los llevaba a apacentar a su huerto.

Y descubrí aquellas matas de tabaco, para mí misteriosamente sembradas, en una terraza natural de la cima de Tajada Bajera a la que pocas veces subíamos; luego supimos que las había sembrado el tío Eusebio, fumador empedernido, seguramente burlando la vigilancia de su hijo Juan, cuando subían a su huerto del río.

Recuerdo al amigo Arturo, a Vicente y Justo, al tío Domingo, que aparecían con mucha frecuencia por sus huertos del río a regar y coger hortalizas. Es increíble como se oían retumbar en el gran cañón de las Tajadas, las voces y todo tipo de ruidos y cómo se localizaba su procedencia con apenas prestar una mínima atención. Allí el eco tiene efectos portentosos.

Después de toda una mañana sin ver ni oír a nadie, preso entre piedras, cuanto alegraban aquellas voces...



Alrededores de Las Tajadas: En primer término vista general, al fondo Peñón del Cortado. Entre ambos discurre el Barranco de las Canales. 1996.

Y al final de la tarde, cuando ésta cedía paso a la noche, aquel bucólico concierto de esquilas y tangarros de los rebaños de cabras, presurosas por llegar a los corrales de Cueva Morena, de Tajada Enmedio, donde pasaban la noche rumiando felicidad, bajo la perenne mirada de aquellos cérvidos congéneres que artistas primitivos plasmaron en la roca. Pobres cabras aquellas, que después de cooperar para mantener la débil economía de mi pueblo, dieron su aperreada vida a instancias de un ingeniero de montes, ejecutor de las descabelladas órdenes de poderosos mandarines sin escrúpulos, que las sentenciaron a muerte sin el más mínimo respeto, sin dar lugar a que sus amos las defendieran. Se les recuerda por el daño que hicieron a los ganaderos.

Me quedaba aún tiempo para descubrir nidos de colirroya, de cuervo y alguna camada de ardillas pequeñas como ratones, peladas y que llevadas de pequeñas a casa se las puede domesticar fácilmente.

Soporté tormentas impresionantes metido en las más profundas cuevas o al regreso hacia el pueblo, asustado por aquellos gordísimos truenos que parecían no tener fin, que retumbaban desafiantes por todas las Tajadas, mientras la noche caía encima con una celeridad inusitada; y era preciso hacer el retorno al pueblo a la luz de los relámpagos larguísimos que por largo tiempo se sucedían, aún después del fragor de la tormenta.

* * *

Era un huerto aquel muy bueno, del que supimos sacar unos productos muy necesarios en aquel régimen de autoabastecimiento en el que se desarrollaba la economía de aquellos pueblos, donde nada se desperdiciaba, donde todo tenía un fin o aplicación, donde cada ente familiar era una empresa que producía para sí misma, viviendo de las materias primas que obtenía de sus cultivos y, como se diría en términos modernos, del valor añadido. Todo se quedaba en casa.

Era curioso mi huerto, como todos los de Las Tajadas, pero aislado de todos, oculto entre Tajada Bajera y Tajada Enmedio. El Toril, lugar de dos únicos accesos, fácilmente controlable, donde se supone que los pobladores de Las Tajadas cerraban su ganado vacuno durante la noche, para evitar que se dispersase y tenerlo al cubierto de fieras, especialmente lobos.

En una de las entradas a El Toril hay unas enormes piedras sueltas, que obstaculizan dicha entrada y otra que apenas se apoya y tiene un calzo debajo; esto parece obra humana, interesaría estudiarlo.

Junto a la gran roca hicimos el pozo que daba agua con generosidad, procedente de las lluvias y filtraciones y de él nos servíamos para hacer crecer las lechugas, los tomates, las coles; claro que entonces llovía mucho más; cuántos recuerdos me trae aquel pozo...!

Al pie de esta gran mole y en su lado norte, tenía el huerto una gran terraza alargada, de buena tierra negra, cuajada de detritus procedentes del

poblado que existió en lo alto del peñasco; allí, en la superficie aparecían gran cantidad de huesos astillados, mandíbulas de rumiantes, carbones, trozos de cerámica, piedras pulimentadas de sílex y algún que otro trocito de bronce, ¡Qué alegría para cualquier arqueólogo...!El poco sol que allí da, especialmente en primavera, no dejaba crecer las cosechas; así que decidimos quitar aquella terraza, distribuir la tierra por el resto del huerto. Y fue un acierto, las cosechas mejoraron y recuerdo las hermosas coles que allí se criaban, las calabazas, la remolacha y otras especies diversas.

En este trabajo estuvimos ocupados durante todo un invierno y parte de la primavera. Fue una lástima, ahora me hago cargo de ello, que no estuviese con nosotros un arqueólogo; sin duda alguna que hoy el museo de Teruel contaría con varios cacharros más, parecidos a ese gran vaso que posteriormente descubrimos en el huerto de Agustín en las excavaciones que realizamos bajo la dirección de don Teógenes Ortego Frías. Aún quedan allí bien visibles las huellas de nuestro trabajo, en lo que fue terraza en el huerto y también en la falda de la piedra, de donde igualmente tiramos abundante tierra al huerto. Desaprovechamos inconscientemente la gran cantidad de materiales que salían en aquel riquísimo yacimiento. Fue por ignorancia.

Pero no todo se perdió. Durante los trabajos habituales en el huerto por su mejoramiento, al que sin duda alguna teníamos derecho, es cierto que dimos al traste con muchas piezas de interés; pero no es menos cierto que gracias a mí, y fruto del encuentro con Teógenes, de lo que me entró una gran afición a la arqueología y al estar trabajando en mi propio huerto durante tantos años, recogí muchos materiales que han podido ser debidamente clasificados y datados, así que no todo se perdió.



Huerto de la Balsilla. Paso obligado para ascender a Peña del Hierro. *Foto de familia, 2002.*

Otros en mi lugar, de mi mismo pueblo y en aquellos difícilísimos años, no habrían perdido el tiempo en recoger cascotes de cerámica, huesos y otras “tontadas”, como dicen por allí. Por otro lado, el organismo competente no creo que ha hecho mucho por explorar más detenidamente ese inmenso yacimiento, que podría arrojar materiales y objetos de gran valor; y menos mal que pusieron rejas en las cuevas de las pinturas, pues de lo contrario ya las habrían borrado.

Por otro lado, no se habla mucho de este enclave prehistórico –esto se ha corregido después–, de sus pinturas, que debían ir siempre de la mano con las de Albarracín, ya que pertenecen a enclaves limítrofes y por ende a una misma cultura y de municipios de una misma comunidad.

Me da la impresión de que Albarracín se ocupa muy poco de todo lo que no sean sus propias pinturas, su propia historia, sin mirar hacia el entorno que lo rodea. Yo he dicho muchas veces públicamente que debiera crearse la Ruta de las Pinturas Rupestres, comenzando en Albarracín, pasando por las de Bezas y terminar en las de Tormón, ya se está haciendo, ruta pintoresca y eminentemente turística; estas estribaciones de la Cordillera Ibérica encierran multitud de enclaves prehistóricos que no han sido debidamente estudiados...

* * *

Ocurrió, creo yo, sobre la primavera del año 1945 o el 1946.

Un día llegué a mi huerto de Las Tajadas y antes de franquear la portera, vi dentro un hombre con sombrero tirolés, bien vestido, armado de picoleta, tranquilamente mirando la tierra que nosotros durante aquel invierno habíamos removido; se agachaba y recogía objetos del suelo.

A mí me llamó mucho la atención ese hombre, yo no entendía lo que hacía allí mirando al suelo. Mi extrañeza fue grande, confieso que tuve algo de miedo, aquello era muy solitario y me vinieron al pensamiento cosas extrañas. No sabía cómo reaccionar, me quedé parado, pensé en los Maquis. Era la época conflictiva de la postguerra, de tanto miedo.

Pero no tuve que esperar mucho rato. Don Teógenes me vio enseguida y al apercibirse de mi extrañeza, al entrar yo al huerto me dijo, siempre lo recuerdo:

–¿Es tuyo este huerto, chaval? –Sí señor –le contesté.

–Perdona que yo esté aquí dentro, me dijo, pero no hago daño alguno a la hortaliza. Soy arqueólogo y estoy buscando restos de cerámica, me enseñó un trozo y me dijo, ¿has visto tú muchos cascotes de éstos?

–Sí, le contesté. Por aquí salen muchos trozos de cerámica, dicen que son de los moros que estuvieron en la Peña del Hierro.

–No, me contestó; todo esto no es de los moros, es mucho más antiguo. Aquí vivieron unas tribus primitivas y yo he venido a hacer una visita para buscar restos de esa civilización.

Don Teógenes y yo estuvimos hablando amigablemente. Me pareció un hombre simpatiquísimo; le ayudé a buscar cerámica, le dije que al extender la tierra de la terraza salían cacharros enteros, cuarteados de la humedad y los hielos, y que nosotros los rompíamos con el pico y juntamente con la tierra los tendíamos por todo el huerto. Recuerdo la cara de tristeza de Ortego.

Me dijo que aquello había sido una pena, una gran pérdida, porque tenían mucho valor arqueológico y que debíamos haberlos guardado.

Yo le contesté que nosotros no entendíamos de arqueología, que habíamos hecho los trabajos para mejorar el huerto, que todo lo demás para nosotros no tenía interés ni valor alguno.

Y además, le dije, arriba en lo alto de la peña yo he visto una cueva donde salen restos humanos y desde luego no son de la guerra, pues están ya casi convertidos en tierra; tienen la apariencia de ser muy antiguos.

No recuerdo si a Teógenes le impresionó mucho la noticia, quizás prefirió actuar con precaución y como buen sicólogo no querría demostrar interés, aunque después veremos que no se olvidó de la cueva. Ese día no subimos a ver la tumba, pero estuvimos rebuscando cerámica y yo colaboré con él todo lo que me fue posible, porque conocía perfectamente los yacimientos más ricos. Aquel día yo trabajé poco en mi huerto, dediqué casi todo el tiempo a rebuscar por el suelo, le enseñé algunos pasadizos de Las Tajadas y le indiqué los lugares por donde se accedía a las piedras, él parecía que apenas conocía aquello.

Don Teógenes dio por finalizada su primera visita a Las Tajadas y se marchó a Teruel, llevando consigo las primeras muestras de materiales. Con mucha corrección y amabilidad me suplicó le recogiera todo lo que a mí me pareciera curioso, cerámica, sílex, huesos o trocitos de bronce –de éstos por cierto salían muy pocos–.

Don Teógenes se hospedaba en Teruel en el Parador Utrillas, no lo recuerdo muy bien y tampoco sé el tiempo que allí estaría.

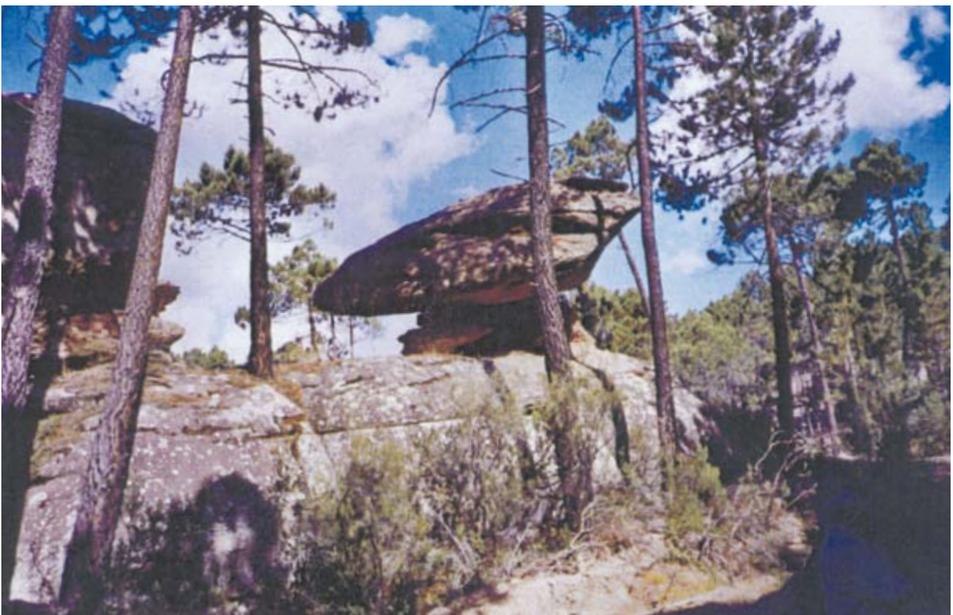
* * *

Ya no precisé más lecciones, a partir de aquel encuentro y con las que me dio Ortego me entró gran afición a la arqueología, incluso encontré nuevo aliciente a mis trabajos en mi huerto de Las Tajadas. Caló fuerte en mí el gusanillo ese de escudriñar en la tierra, siempre con la esperanza de encontrar algo interesante; asimilé todo eso como una faceta más de cultura que adquiriría, seguro de que solo podría traerme alguna satisfacción, que no me hacía daño alguno. Recogí grandes cantidades de materiales que guardé con celo, pues sabía que Teógenes volvería. El paradero de muchos de esos materiales lo ignoro. Creo que me convertí en un buen ayudante suyo, un colaborador de importancia, a nivel primario claro está y en suma creo que fui la primera persona que comenzó a trabajar en serio, aunque

sin mucho orden, en el antiguo poblado de Las Tajadas. Desde luego el que más materiales ha tenido en sus manos, todo gracias a las orientaciones y consejos de mi querido Teógenes. De todo ello, él recogió posteriormente los frutos, si no materiales sí al menos a nivel profesional, al catalogar y datar todo aquello, sacando a la luz una zona altamente interesante para los estudiosos, en ese libro que escribió; en él no me nombra, pero yo lo guardo con gran cariño porque lo tengo dedicado, porque allí aparezco en fotografía, junto a la tumba que yo descubrí, y esto de alguna manera me compensa de todo, aunque el olvido fuese intencionado, solía ser, dicen, muy corriente que los científicos omitiesen a sus ayudantes en ciertos trabajos o descubrimientos.

Así lo dice Teógenes en su libro, habrá que creerlo, pues él tomó con interés aquel trabajo y es de suponer que cite fechas exactas. Sería allá por el año 1946, yo no lo recuerdo bien, cuando vino a Bezas por segunda vez, al menos para mí fue la segunda vez. Venía ya dispuesto a realizar prospecciones serias, más profundas y concienzudas, a nivel particular según él nos dijo, es decir que Teógenes iba por libre. Teógenes solo me conocía de un día que anteriormente me vio en las Tajadas y desde luego nada más sabía de mí. Nuestro encuentro tuvo lugar en el sitio por él elegido para sus “aventuras arqueológicas”, yo le ayudé lo que pude y allí terminó todo. Yo no era maestro –ni lo fui después tampoco– solamente un alumno adelantado que quería saber, pero que como tantísimos otros nos quedamos en el camino. Aquella primavera el maestro del pueblo, que malvivía de patrona, antes de las vacaciones me dejó a mí al cargo de los niños, se marchó a una oficina a Valencia.

* * *



El Rodeno de Bezas. Las Tajadas. Equilibrio en Las Tajadas, ¿Hasta cuando?. Año 2004.

Don Teógenes, era inspector de enseñanza primaria. No es de extrañar pues, que si bien venía a Bezas a hacer unas prospecciones arqueológicas, de paso se diese una vuelta por las escuelas y visitar a los maestros de manera oficiosa. Cuando me vio a mí al frente de la escuela de niños se quedó un tanto extrañado y yo también me llevé buena sorpresa, porque no lo esperaba y solo lo conocía en su faceta de arqueólogo, pero no en su cargo de inspector.

Salí como pude de la situación, aunque para mí realmente no suponía responsabilidad; sabía lo suficiente para suplir al maestro durante un mes. Fue precisamente en la situación mía de enseñante en la escuela de Bezas, cuando un día, a un chico del pueblo le estalló un fulminante, amputándole algún dedo de una mano, cuando manipulaba con él.

Don Teógenes me dijo que podíamos dar fiesta a los chicos durante unos días, mientras duraban las excavaciones; que le buscase un chico mayor como yo y si nos dejaban nuestros padres –en aquellos tiempos era condición indispensable– iríamos a Las Tajadas unos días a trabajar en serio.

A ambos nos alegró mucho el reencuentro. Pasados los primeros momentos comenzamos a intimar, lo que daría pie a nuestras buenas relaciones. Lo llevé a mi casa a conocer a mis padres y le entregué los materiales que tenía guardados para él y que se llevó muy contento a la posada de la tía Venancia, donde tenía montado su cuartel general. Comencé a sentirme a gusto entre los que sabían más que yo.

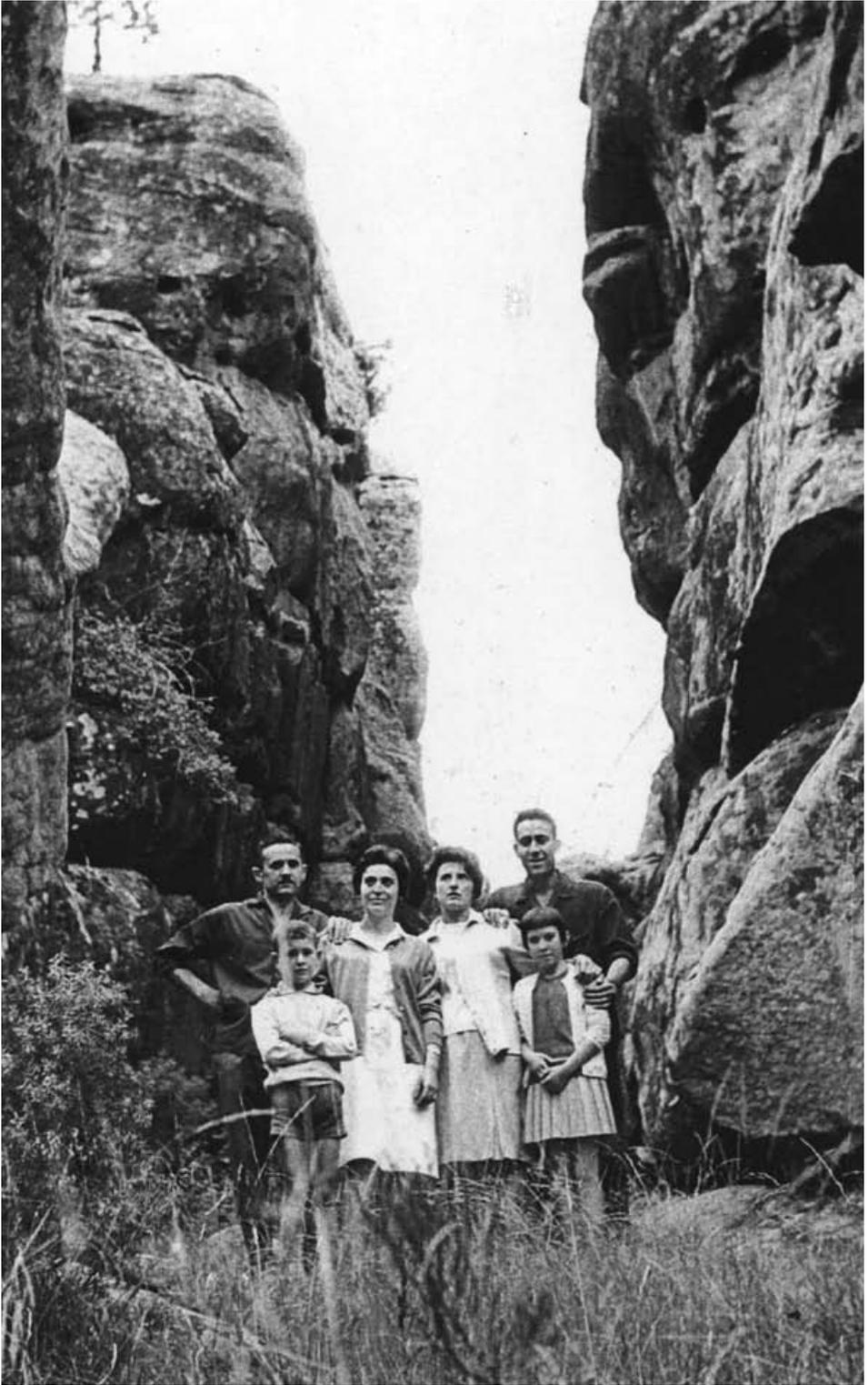
* * *

Al día siguiente, con Teógenes, el reducido grupo, provistos de palas, picos y criberos, marchamos a Las Tajadas para realizar los primeros asaltos arqueológicos “serios” que hasta la fecha se han hecho, que yo sepa y que tuvieron como colofón y gran premio el descubrimiento –en este caso obra más directa de Ortego– de las pinturas rupestres de Tajada Enmedio y Tajada Bajera.

El primer asalto fue a Tajada Bajera, ascendiendo por mi huerto y llevando a Teógenes directamente a la cueva donde aparecían restos humanos; él no había olvidado nuestro primer encuentro, cuando yo le hablé de aquella cueva donde aparecían huesos humanos.

La tumba fue excavada en su totalidad, bajo la constante mirada de Ortego que no perdía detalle. Cribamos la tierra pero no encontramos objetos significativos, solamente cerámica, trozos que pudieron haberse echado al sepultar el cadáver, pero sin que ello tuviese otro significado, según Ortego.

Ortego se llevó parte de las mandíbulas y otros huesos, todo bien envuelto en papel de periódico –del periódico de Teruel Lucha, lo recuerdo–, con mucho cuidado, tal y como lo sacamos de la cueva, para posteriormente proceder a su estudio, de cuyo resultado habla en su libro. Ya nada más



Calle natural. Tajada Enmedio, conduce Toril a los cerrados de Peña del Hierro. Año 1963.

se supo de esos restos humanos de Tajada Bajera solo lo que Ortego nos dice en el libro, una datación bastante completa, suficiente para los que no somos científicos. Pero nos hubiese gustado que esos “huesecillos” descubiertos por mí y datados por Ortego, pudieran contemplarse físicamente en el museo de Teruel, que pudieran servir para posteriores estudios. ¿Qué se hizo de ellos...?

Pedimos permiso a mi primo Agustín, porque las cosas había que hacerlas bien, y nos pusimos a excavar en su huerto. Allí es donde encontramos el gran vaso, que está en el museo de Teruel. Encontramos una gran sección y otros trozos sueltos, con todo lo cual se pudo reconstruir, según consta en el libro.

Igualmente excavamos encima de mi huerto, en la gran piedra, en el lugar que yo señalé como el que más restos salían, el yacimiento más rico conocido. Sacamos una enorme cantidad de cerámica, útiles de hueso, hachas de piedra, serretas de sílex y algún otro cacharro más. Parte de estos materiales están en el libro. Pero Teógenes lo examinaba todo meticulosamente, separando lo que consideraba de interés, sobre todo utensilios y cerámica con dibujos; por la noche nos llevábamos a casa el material seleccionado y al final todo el despreciado lo enterramos en lugar que en otra ocasión pudiéramos encontrar fácilmente, pero en visitas posteriores más no localicé estos materiales, alguien se los llevó posteriormente. Creo que fue un fallo, por parte de Ortego, dejar allí todo ese material.

La Peña del Hierro constituye el objetivo principal de toda visita a Las Tajadas; igualmente nos apresuramos a explorarla detenidamente, al igual que sus inmediaciones. No obstante, los principales yacimientos ya los habíamos excavado, los radicados en Tajada Bajera, pues en esta piedra se mantenía más tierra que retuvo los detritus procedentes del poblado superior.

Creo que Ortego se queda muy corto en su libro al tratar Peña del Hierro. Se trata de un auténtico bastión natural defensivo. Su cima debería ser mucho más estudiada, y los huertos de su base constituyen unos espacios en donde se encontrarían, no lo duden, mucho material de interés. Conocemos el único yacimiento “medianamente excavado y estudiado”, dentro de un inmenso conjunto arqueológico, en donde excavar constituye una auténtica delicia, por singularidad y belleza. Ánimo y al tajo.



Últimos signos rupestres descubiertos. Año 2004.

En Peña del Hierro pues trabajamos muy poco. Los aljibes estaban llenos de agua y no pudimos atacarlos y en toda la plataforma, la inmensa plataforma del peñón, queda muy poca tierra, los vientos y las aguas se llevaron todo al fondo de los cañones y allí en los bancales de cultivo, desde tantísimos años trabajados, se supone que habrá abundantes restos, de materiales.

Pienso que en excavaciones detenidas, pero muy amplias y costosas, se podría recoger material en abundancia. Otro trabajo que podría dar resultados sería examinar las grandes grietas de las peñas que fueron habitadas y en cuevas que tanto abundan, trabajo peligroso.

* * *

Fue durante estas prospecciones cuando Ortego descubrió las pinturas rupestres. En principio no nos las enseñó, por temor a que su divulgación pudiese dar lugar a ser dañadas o destruidas.

A nosotros nos sorprendió mucho que Ortego hiciese tantas fotografías, desde tantos lados y posiciones, en los lugares que están las pinturas, pero nada nos dijo en aquellos momentos, nos lo dijo otro día.

Concluidas estas excavaciones, Teógenes se marchó con todo el material recogido, que era mucho, no sin antes advertirme que pasaría tiempo antes de que todo pudiese estar debidamente ordenado y catalogado, para escribir sobre los trabajos y sus resultados, por eso, me dijo, puedes recoger todo lo que encuentres y mandármelo o guardarlo para otra visita que pienso hacer. Yo así actué y gracias a mi desinteresado afán de búsqueda, el libro cuenta con piezas interesantes, muchas más se encontraron en las excavaciones a las que me he referido. Manifiesto honradamente, que sin mi modesta y desinteresada colaboración en estas prospecciones, contásemos ahora con esos importantes testigos de la cultura rupestre de Las Tajadas de Bezas.

No cobramos nada por aquellos trabajos, pues Ortego nos dijo que no tenía ayuda alguna; que todo lo tenía que pagar él de su bolsillo. Eso sí, a mí me prometió un lote de libros y me los mandó, así como el escrito por él. He de señalar que en esta visita le acompañó, al menos un día otro joven de Teruel, no recuerdo como se llamaba, creo que sería algún maestro o arqueólogo amigo. No puedo asegurar si fue en esta visita cuando le acompañó este otro joven.

Posteriormente, creo que hacia el año 1947 ó 1948, volvió Teógenes a Bezas y venía acompañado de don Martín Almagro y otra señorita para mí desconocida, creo que sería colega de ellos. Recuerdo que esta señorita, que con gran trabajo lograba subir a aquellas inmensas moles de piedra, desde Tajada Bajera, al contemplar el paisaje, repetía entusiasmada, “esto es maravilloso, yo me haría aquí una cabaña y me quedaría a vivir”. Condenados señoritos, pensábamos nosotros, están chiflados; no saben lo que dicen, aquí los querría ver yo, sudando

como tontos para poder conseguir un trozo de pan y poco más, con que aguantar esta perra existencia. En esta última visita de Teógenes le entregué otro lote de cerámica y objetos diversos. Más adelante, cuando ya Teógenes estaba en Soria, le mandé más materiales, lo cual fue incluido en el libro.

Hay datada en el libro de Ortego una bella hacha de cobre, que mi primo Agustín, Sebastián y otros encontraron en las inmediaciones de Las Tajadas, cuando sacaban piedra de una cantera.

El hacha fue entregada a Ortego de buena fe, para su estudio. Pero algún tiempo después por el pueblo se difundió la noticia de que no era un hacha, que se trataba de una gran pepita de oro. Es anecdótico pero real. Para mí fue una noticia que supe situar en su justo lugar, porque la verdad no me creí semejante noticia; sin embargo, no cabe duda que constituyó una pincelada curiosa con la que se puso fin a aquellas vivencias tan recordadas, por mis queridas Tajadas. Pero el desenlace no fue cosa fácil. Fue precisa mi intervención, no porque mi juicio mereciese credibilidad especial, sino por las relaciones que tenía con Ortego, que ya estaba destinado en Soria.

Ortego, con gran desilusión y disgusto retiró el hacha del museo, eso me dijo él y me la envió para devolver a quienes la hallaron, que admitieron que se trataba de la misma pieza, reconociendo que no era oro, firmando el acta correspondiente ante interesados y testigos.

Puede contarse como anécdota curiosa, protagonizada por unos hombres de buena fe, qué duda cabe, pero que una elemental cultura y un alto grado de ofuscación y rudeza, dio al traste con un testigo más de la cultura de Las Tajadas de Bezas, que hoy podría ser orgullosamente contemplada en el Museo de Teruel, junto a los otros materiales encontrados en las Tajadas.

Mas no sé el destino final de ésta preciosa hacha, lo más seguro es que fuese vendida a peso, o que alguno se la guarde como recuerdo, yo me he interesado por ella, pero nada.

* * *

En el año 1954 me trasladé a trabajar a Zaragoza y todos los años en agosto paso mis vacaciones en Bezas, donde soy fácilmente localizable.

Perdí la pista de don Teógenes Ortego, aunque hace unos años supe que todavía estaba en Soria, cruzando unas cartas con él, que me prometió visitarme. Pero el encuentro no tuvo lugar. Lo que sí es cierto que rindo tributo a aquellos encuentros tan recordados. Recorro más de una vez Las Tajadas, aunque mi huerto ya no produce. Pero para mí las prospecciones no han terminado; estoy seguro de que por allí aún hay mucho que descubrir. Tanto Ortego como Almagro ya murieron.

Encontrar algo, para mí, cada año constituye un reto y me siento feliz escalando aquellos roquedales.

El año 2.004, con el amigo Arturo, dimos con un nuevo abrigo de pinturas rupestres, acontecimiento que yo andaba buscando desde los lejanos años de la década de los cuarenta. Dos figuritas antropomorfas, Campanario I, quedando oficiosamente registrado por el descubridor. Después lo hizo oficialmente la D.G.A., previa visita al abrigo y ratificación. Mis trabajos de búsqueda tuvieron recompensa a los 59 años de iniciados.

Julián Sánchez Villalba

Publicado en Diario de Teruel. Diciembre 1984.

Contestada el 28/5/70



INSPECCIÓN DE ENSEÑANZA PRIMARIA

SORIA - 13

Ingreso del 1970

PARTICULAR

Sr. D. Julián Jander Villalba.
Zaragoza.

Mi querido amigo: Recibi tu atenta y cariñosa
 carta de hace ya varios meses, que me ha contertado
 por que queria ir por Zaragoza y llamarte para
 tener la alegria de volver a charlar contigo personal-
 mente, para recordar las ratas y frustiferas andan-
 zas angustiosas por "Las Fajadas", de Berg.
 Pero, apesar de que en este medio tiempo por
 Zaragoza, fui tan deprimido y con tantas ocupaciones,
 que no pude llamarte, quedando aplazada mes-
 tra entrevista para otra ocasión.

70

Yo he vuelto por "Las Fajadas", otras dos veces; una acompañando a Catedráticos de Universidad con motivo de un Congreso Nacional y otras, hace ahora dos años, acompañando a los Arquitectos de un Simposio Internacional celebrado en Barcelona.

Yo creo que "Las Fajadas" y sus alrededores tan pintorescos, podrán darnos mas material y pinturas en las rocas; pero sé que es difícil continuar los trabajos por ser largos los desplazamientos que exigen. Me gustaría saber a que te dedicas en Zaragoza, y ten por seguro que promoveré verme contigo en la primera ocasión que se me presente.

En tanto recibe un abrazo cordial de tu buen amigo y paisano

Polarey Ortega

Por como aparte realines éhy descendientes que chise hace un par de años en Alicante.

-1- Nota del Autor: Ortega no disp. a visitarme, tiempo después con salud que había mejorado.

Anecdotario

Acababa de ascender a la cima de Tajada Bajera, con zapatos de tacón y todo, la acompañante del Profesor Almagro, y no daba la sensación de incapacidad para subir a tan impresionante peñón. Y ante la vista que se contempla desde esta plataforma pétreo, le oímos exclamar: “Aquí me haría yo una cabaña y me quedaría a vivir para siempre”.

* * *

- Es la hora de comer. Sentados en el prado en la base de Tajada Bajera, junto al riachuelo, Ortego, su acompañante y yo. Les trae la comida Rufina, la hija de la tía Venancia, de la posada. Plato único, guiso de patatas con arroz, refrito de pequeños trozos de costilla de cerdo, ronchas de longaniza y trocitos de pimienta; en puchero panzudo de porcelana rojo oscuro, que mantiene caliente la comida hasta el tajo; pan, postre del tiempo y agua cristalina del arroyo en vasito de cristal.
- Y yo, un cuarto de pan de aquellos, relleno de tortilla de patata, tajada de costilla, troncho de longaniza y pimienta, y de postre un puñado de nueces de cosecha propia. Agua del pozo de mi huerto del Toril, en cacharro de la resina previamente lavado, eso sí.

* * *

Ortego y su acompañante –los dos muy jóvenes– dicen que es mejor beber el agua que corre, es decir, del riachuelo.

Yo digo que en el riachuelo viven cantidad de ranas y cucharitas, barbos, culebras, chinches, tejedores, y otros tipos de gusanos que andan por los fondos, recubiertos de un caparazón de piedrecitas; y que al regajo van a parar los desperdicios de los huertos, y lavan los pozales de sulfatar las patatas, etc. En nuestros trabajos habituales hemos de recurrir a los pozos, aunque el agua críe bichichitos de esos que hacen culebretas, que se retiran al más leve soplido o contacto del dedo con el agua. Pero eso sí, nos abstenemos cuando han caído animales y hay peligro de infección. En los demás casos, algún retortijón de tripas que nunca ha pasado a más.

* * *

Ellos, los que nos han llevado a las prospecciones, tienen carrera y se sobreentiende que son cultos. Nosotros simples aldeanos de escuela rural, y nuestra cultura, se supone, la propia que aporta el trabajo habitual, la que nos dan nuestros padres con su ejemplo y recomendaciones. Y ambos, eso sí, con las propias disciplinas y experiencias de las circunstancias que nos ha marcado el tiempo, que nos está castigando con exceso.

* * *

Se nos nota algo en la forma en que nos miramos y nos observamos, si bien no queda revelado lo que pensamos.

* * *

- Pobre gente, su forma de vida, a pesar de tanta dureza las hace creer con fe, esperanza en sus creencias, les hace fuertes.
- Pobres señoritos, se entusiasman como niños por ver estas cosas que nosotros casi aborrecemos; la experiencia les hace más débiles.

Es una moraleja. Ese día ambos aprendimos algo con las experiencias y momentos compartidos.

SEGUNDA PARTE

Prospecciones Arqueológicas
en Las Tajadas de Bezas
(Teógenes Ortego Frías)

Otros Comentarios y Añadidos
que se Citan en la Bibliografía

Sinopsis del Libro Teógenes Ortego Frías

Ortego recoge en este libro Las Tajadas de Bezas, de manera un tanto sintetizada, unos trabajos de prospección llevados a cabo entre los años 1945 al 47.

Yo participé en dichos trabajos y en Tajada Bajera y sus alrededores le señalé los puntos exactos en donde aparecían abundantes cascotes de cerámica y otros materiales, que ya a nosotros nos llamaban la atención.

Este contenido gráfico y textual del que me permito hacer uso para mi trabajo, me imbricó sólidamente en aquel que realizamos, Ortego yo, cambiando amistad y colaboración recíprocamente en el trabajo y relaciones de amistad. Ortego, como director responsable de las prospecciones, yo desde la mía de proporcionarle valiosa información y no menos valiosos materiales, desde mis laboreos en el huerto de El Toril, vertedero de los detritus del poblado de la cima del peñón. Y pese a todo, a Don Teógenes no se le ocurrió citarme en el libro. Cosas...!

* * *

Esas pinturas que aparecen en su libro son las primeras que aparecen en un libro que captó cámara alguna (!) y son la expresión nítida de lo que allí estaba representado, y se ve que NO APARECEN PICADOS ni mutilaciones por inducción intencionada. No creo que los chicos de las escuelas de Bezas que allí subían con sus maestros cometiesen esos atropellos. Los huertos protegidos a prueba de montaraz cabra y visitantes no deseados. El abrigo-cueva era usado para almacén de materiales y útiles de laboreo.

Se respetaba mucho la propiedad privada, y además, el propietario estaba allí casi a diario. Los ruidos al picar en la piedra se oyen en los contornos, con todo lo cual no se ponían las cosas tan fáciles para llevar a término el deseo, por goloso que se presentase. Se trata de un abrigo situado en una finca de propiedad privada.

* * *

A estas alturas en el tiempo, estas especulaciones resultan cuando menos curiosas, porque ya “casi” no quedan testigos de cargo, incluido el propio descubridor material de las pinturas.

Estas observaciones mías es obvio que no se hacen por cobro de primicias; se trata de un tributo a Ortego, del que tan buenos recuerdos guardo. Y es obvio también que antes de intentar “vender algo”, ha tenido que pasar por los rigurosos controles de calidad y autenticidad, porque si no se expone a ser rechazado. Pues eso...

TEOGENES ORTEGO

PROSPECCIONES ARQUEO-
LOGICAS EN "LAS TAJADAS"
DE BEZAS (TERUEL)

A mi querido amigo Julián
Sánchez, en recuerdo de mis-
tros paseos por "Las Tajadas",
con sinceros afectos

Loria 32.XI.1951. Teógenes Orteg. S

Sánchez



INSPECCION DE ENSEÑANZA PRIMARIA

SORIA 2 de diciembre de 1950

PARTICULAR

S. D. Julián Sánchez

Bezas (Lerma)

Mi estimado amigo Julián: Siempre han transcurrido los meses y aun hoy estoy después de nuestra última entrevista, no por eso he dejado de acordarme de los yacimientos prehistóricos de Las Tajiadas, a los cuales habrás visitado muchas veces, aun que no haya sido más que a seguir el itinerario de huerto de Tajiada Bajera. Como en el laberinto de las ruinas habrás seguido recogiendo algunos fragmentos curiosos de cerámica, hueso, metales etc. Que venga a aumentarse lo ya conocido por anteriores exploraciones,

Te ruego me indiques si hay encontrado alguna cosa nueva digna de tener en cuenta, pero de considerarlo de algun interes para mis estudios, ya te indicaria la forma de que me la remitieras sin gacsto, ni molestia alguna por tu parte.

Qui' que a esta hora podria haberte mandado ya la primera parte de mis notas publicadas, pero por varias circunstancias no ha sido posible todavia, aun que creo que ya no pasara' mucho tiempo sin que sean la luz en la imprenta.

Te incluyo sobre con mi direccion en Loria, donde me atrevo a tu disposicion.

Saludo para tu familia con el aprecio de tu
buen amigo
Cecilio Ortega



Fig. 2.—Croquis esquemático de Las Tajadas. En los círculos, abrigos con pinturas rupestres; las aspas indican los lugares más ricos en hallazgos.

TAJADA BAJERA.—Pendiente abajo desde la carretera, cruzando el Regachuelo, llegamos a Tajada Bajera. Ascendemos por la calle entre ésta y el Peñón del Cortado, situado a la derecha. Al pie de los mismos aparecen refugios y covachas de erosión, y por ambos lados se perfilan cercados y bancales de cultivo, hoy esquilados y abandonados en parte. Más adelante se desemboca por la Cerrada en Pradillo Redondo, en el que estratégicamente convergen, además, el Barranco de las Canales, La Cañada de la Balsilla por un escabroso despeñadero y Los Callejones del Toril, cuyo nombre alude al recinto natural que, según la tradición, se cercaba antiguamente para guardar el ganado bovino durante la noche (fig. 11).

La visión del paisaje, con sus covachas y refugios, sus defensas y pasadizos, sus plataformas habitables, sus pastos jugosos al pie del bosque, sus balsillas y cursos de agua, hubieron de subyugar a sus primitivos visitantes—errantes venadores sin duda—, al encontrar en ellos los puestos codiciados para su establecimiento provisional como nómada cazador y el medio propicio, más tarde, para el desarrollo de sus elementales formas de vida sedentaria.

Esta interpretación de conjunto nos indujo al reconocimiento detenido de Las Tajadas. Diversos hallazgos fueron confirmando nuestra hipótesis, y cuanto a continuación exponemos viene a resumir el resultado de nuestras fructíferas exploraciones.

LAS PINTURAS RUPESTRES DE TAJADA ENMEDIO. — Tras de este alentador hallazgo, continuamos nuestra exploración hacia el Noroeste. Dejando atrás Tajada Bajera, cruzamos los angostos callejones del Toril, para enfrentarnos con la imponente Tajada Enmedio, que por este lado sigue inaccesible, limitando la hondonada de la Cerrada y Pradillo Redondo. Zigzagueando por la pendiente escabrosa, y ascendiendo después por una rampa pétreo, dimos con un nuevo abrigo,

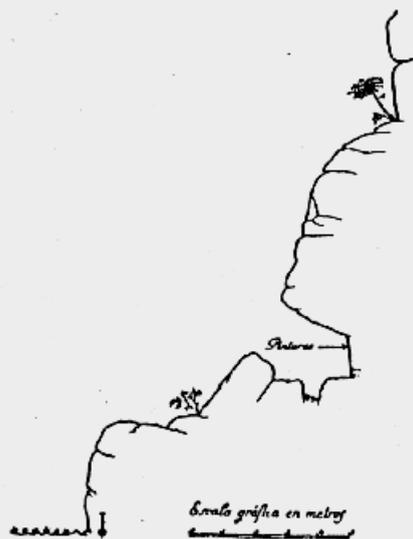
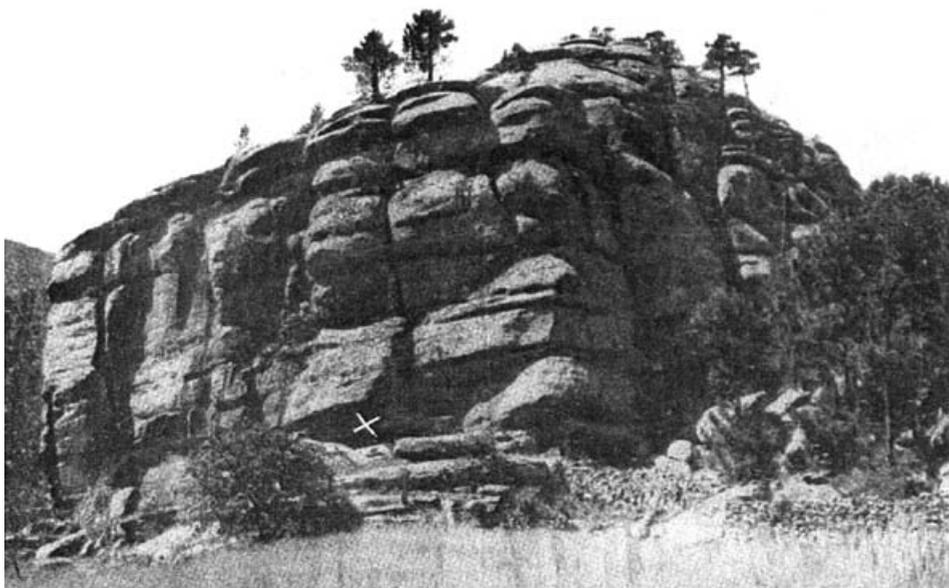


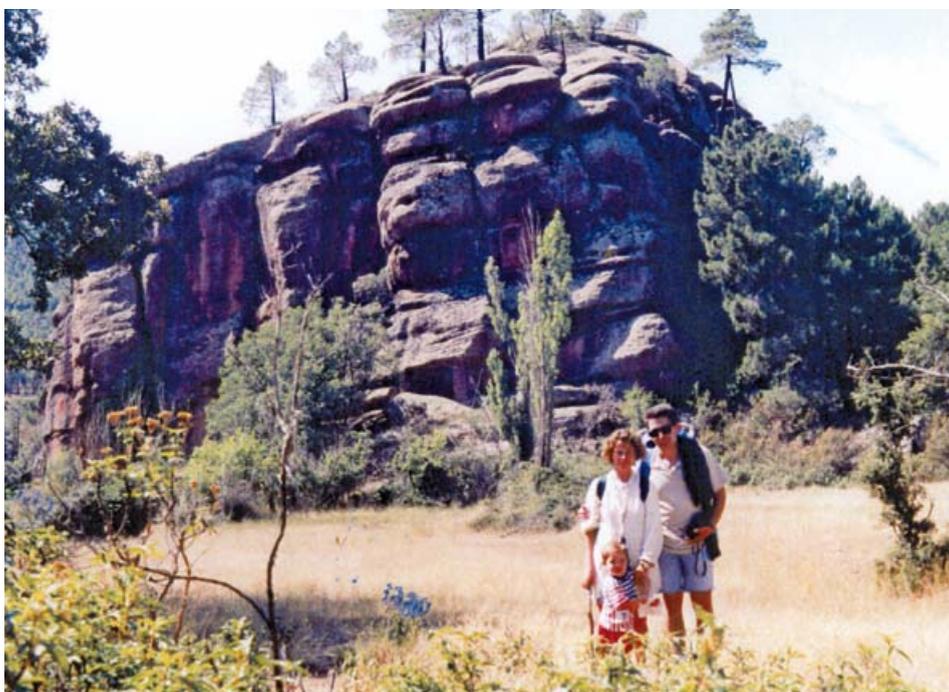
Fig. 3.—Sección vertical de la base de Tajada Bajera donde se encuentra el abrigo con pinturas.

cuya estructura no difiere esencialmente del anterior (figs. 14 y 15). El detenido examen del fondo del mismo, de 5,30 metros de longitud, nos permitió descubrir a poca altura del piso, en el plano más adecuado del estrato inferior de la serie de tres en que se apoya la visera de la covacha, un ciervo adulto en posición oblicua, respecto al nivel del estrato. Es de color rojo oscuro de la misma entonación que la roca triásica en que se halla pintado, por lo que, a simple vista, sólo es perceptible cuando se ilumina por el sol de la mañana. Sus dimensiones son de 20 centímetros del morro a la cola y de 12 centímetros de las pezuñas delanteras a la altura de la cruz (fig. 16).

Se ha pintado en actitud reposada, con las extremidades rígidas,



Tejada Bajera / Cerrada de Florentín. BEZAS (Teruel). Foto: Teógenes Ortego. Años 1946-47



Tejada Bajera / Cerrada de Florentín / Las Tajadas. 1996

correlación tanto más evidente cuanto más nos acercamos a los primitivos tiempos.

TAJADA BAJERA.—Pendiente abajo desde la carretera, cruzando el Regachuelo, llegamos a Tajada Bajera. Ascendemos por la calle entre ésta y el Peñón del Cortado, situado a la derecha. Al pie de los mismos aparecen refugios y covachas de erosión, y por ambos lados se perfilan cercados y bancales de cultivo, hoy esquilados y abandonados en parte. Más adelante se desemboca por la Cerrada en Pradillo Redondo, en el que estratégicamente convergen, además, el Barranco de las Canales, La Cañada de la Balsilla por un escabroso despeñadero y Los Callejones del Toril, cuyo nombre alude al recinto natural que, según la tradición, se cercaba antiguamente para guardar el ganado bovino durante la noche (fig. 11).

La visión del paisaje, con sus covachas y refugios, sus defensas y pasadizos, sus plataformas habitables, sus pastos jugosos al pie del bosque, sus balsillas y cursos de agua, hubieron de subyugar a sus primitivos visitantes—errantes venadores sin duda—, al encontrar en ellos los puestos codiciados para su establecimiento provisional como nómada cazador y el medio propicio, más tarde, para el desarrollo de sus elementales formas de vida sedentaria.

Esta interpretación de conjunto nos indujo al reconocimiento detenido de Las Tajadas. Diversos hallazgos fueron confirmando nuestra hipótesis, y cuanto a continuación exponemos viene a resumir el resultado de nuestras fructíferas exploraciones.

LAS PINTURAS RUPESTRES DE TAJADA BAJERA.—En el sector norte de Tajada Bajera, un potente estrato silíceo desgajado de la base del núcleo principal da lugar a un abrigo bien protegido por el saliente natural de la roca, constituyendo un excelente puesto de acecho para la caza (fig. 3).

El fondo de la covacha presenta un plano vertical de fractura uniforme de 5,40 metros de longitud por un metro de anchura, en cuya mitad superior izquierda descubrimos tres series de puntos ordenados en otras tantas líneas suavemente onduladas, guardando entre ellas cierta relación simétrica convergente en ambos extremos (figura 12).

La pintura da la coloración pardo-rojiza del óxido de hierro, y la aplicación pudo hacerse con la yema de los dedos, mediante toques superpuestos, hasta dar a cada elemento una forma circular.

Las series lineales de una longitud de 85 centímetros se ven hoy interrumpidas por algunos desconchados de la roca a causa de la acción del tiempo; pero el punteado, en su origen, siguió, desde el principio hasta el fin del haz, la trayectoria que las tres líneas tienen tendencia a formar.

Estos signos, que por vez primera hemos reconocido en la serraña de Albarracín, no constituyen una novedad en el arte rupestre, y vienen a repetir uno de los indescifrados tipos de representación del grupo franco-cantábrico que mayor difusión y permanencia adquirieron en la Península desde el Paleolítico Superior, ya que, de Norte a Sur, aparecen entre siluetas de manos y dibujos tectiformes de la Cueva del Castillo (Santander); en las estilizaciones de la Gran Roca del Rebozo, en Almadén, y entre las evolucionadas figuras del Peñón del Tajo, de Casas Viejas, por no citar otras estaciones intermedias dentro de tan diversa cronología.

En el mismo plano, 45 centímetros a la derecha de los signos descritos y a 0,35 centímetros del techo del refugio, se halla en color rojo claro la pintura semiesquemática de un cuadrúpedo. A simple vista percibimos la línea del lomo y la cabeza. El resto se halla tan desvanecido, que solamente humedeciendo la roca nos fué posible reconocerlo por completo (fig. 13).

Su examen nos sugiere la idea de que se trata de un cérvido. Su reducido tamaño encaja en un rectángulo de 20 X 14 centímetros. Fué representado torpemente en posición de marcha hacia la derecha, con líneas que contornean el desproporcionado cuerpo del animal. La cabeza de buen dibujo y las orejas en horquilla se empastan totalmente, formando silueta, del mismo modo que las extremidades conseguidas ingenuamente con trazos gruesos estilizados que terminan en un bosquejo de pezuña.

Especialmente en el tronco, interpretado con sentido realista, se observan diversos toques lineales y sombreados de relleno, monocromos, más o menos difuminados, con evidentes intentos de reproducción anatómica. La cola se dibuja bastante desarrollada, por lo que entendemos es un gamo (*Cervus dama*) lo que dicha figura representa.

LAS PINTURAS RUPESTRES DE TAJADA BAJERA.—En el sector norte de Tajada Bajera, un potente estrato silíceo desgajado de la base del núcleo principal da lugar a un abrigo bien protegido por el saliente natural de la roca, constituyendo un excelente puesto de acecho para la caza (fig. 3).

El fondo de la covacha presenta un plano vertical de fractura uniforme de 5,40 metros de longitud por un metro de anchura, en cuya mitad superior izquierda descubrimos tres series de puntos ordenados en otras tantas líneas suavemente onduladas, guardando entre ellas cierta relación simétrica convergente en ambos extremos (figura 12).

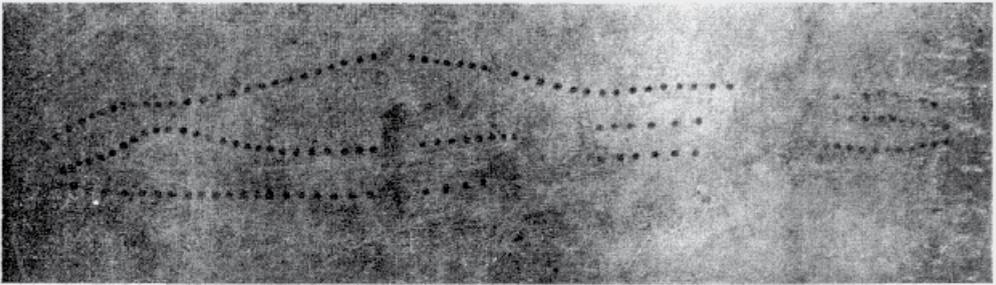


FIG: 12

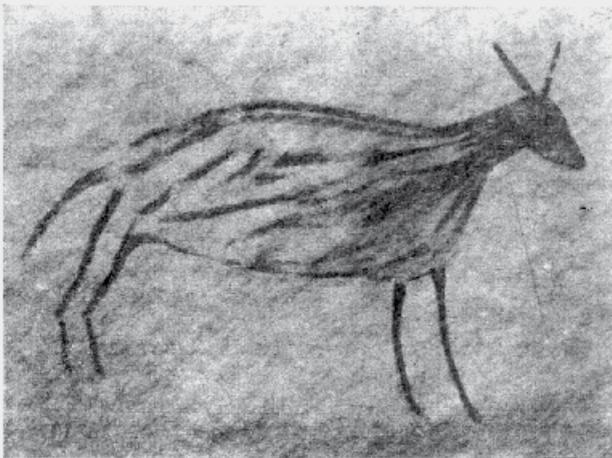


FIG: 13

Fig. 11.—Vista del sector norte de Tajada Bajera, en cuya covacha (X) se encuentran las pinturas descritas.—Figs. 12 y 13.—Series de puntos alineados y gamo pintados en el friso de la covacha. (Fotos T. Ortego.)

Mencionemos también contados remates de tapaderas cónicas con reborde saliente parecido a la base reducida de pequeños vasos; algunos discos recortados en fragmentos de cerámica con bordes pulidos, utilizados acaso como elementales medios de contabilidad, dos de los cuales, finos y de escasas dimensiones, llevan una perforación en el centro, por lo que pudieron ser utilizados como cuentas de rústico collar. Sus diámetros oscilan entre dos y medio y cinco centímetros (figura 26).

Igualmente apareció un trozo de barro cocido perteneciente a la parte anterior del receptáculo de una cuchara grande, de tipo argárico, bien elaborada, que pudo también utilizarse como pequeño crisol. Una excepcional cuenta de collar de ágata traslúcida y jaspeada en tonos rojizos, de sección longitudinal bitroncocónica, y, por último, valvas y conchas marinas que nos dan idea, una vez más, de las relaciones de estas tribus con la población costera de Levante.

UN ENTERRAMIENTO DE INHUMACIÓN.—Antes de dejar Tajada Bajera, exploramos su cumbre amesetada, de difícil acceso, en la que se observan algunas huellas del asiento de cabañas primitivas; excavados en la roca para el apoyo de cimentaciones reducidas, hoyos semicirculares y algún canalillo de desviación de las aguas.

La superficie, sin protección, batida por todos los agentes atmosféricos, ha quedado limpia de vestigios, y los materiales de todo orden, incluso los constructivos, rodaron por las cortadas pendientes.

Solamente hacia el extremo sur de la Tajada se destaca una piedra gigantesca cubriendo una grieta natural producida por rotura y desplazamiento de estrato superior rocoso (fig. 28). El conjunto se presenta como una ciclópea construcción adintelada con entrada fácil desde el Este, en la que el bloque desplazado deja un pasadizo de 0,80 metros de anchura máxima por 2,40 de altura y 2,30 de fondo. Las paredes convergen hacia el interior, dejando una angostura de 0,30 metros de anchura, que da a un precipicio, en cuya base se encuentra la plataforma cultivada, en la que hallamos los descritos fragmentos de cerámica excisa. Esta salida de la calle se vió en tiempo cerrada por tosca pared de mampuesto sin argamasa, de cuya cimentación quedan vestigios.

En la superficie del piso terroso de esta cámara aparecieron va-

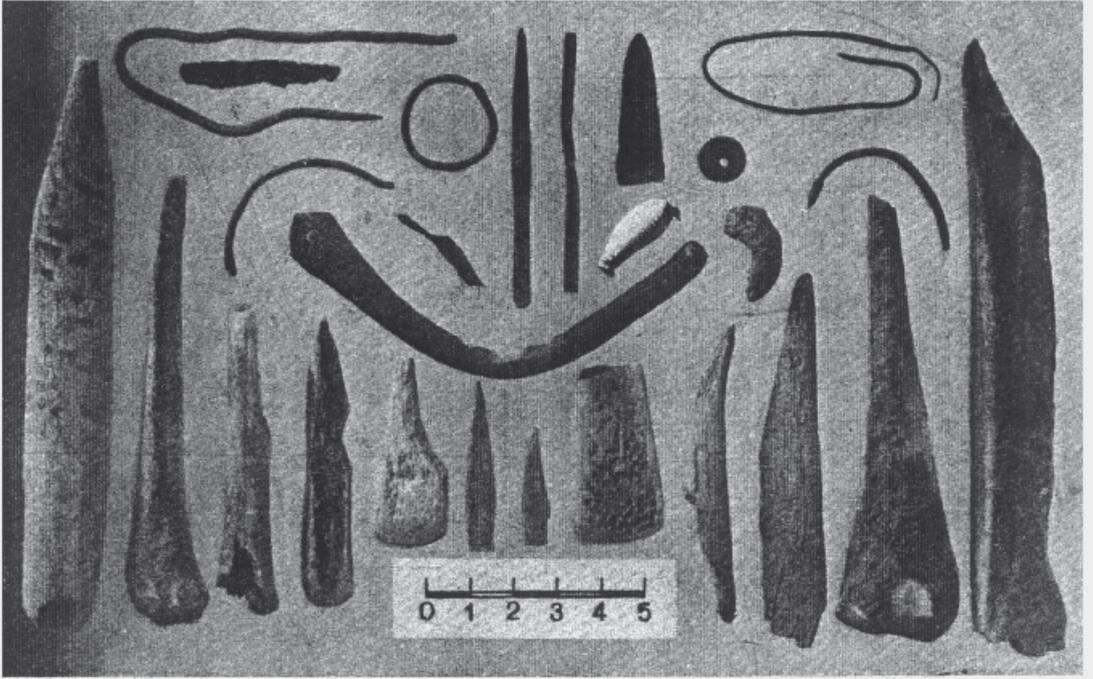


Fig. 27.—Utensilios de hueso y cobre y objetos de adorno hallados en las proximidades de Tajada Bajera.

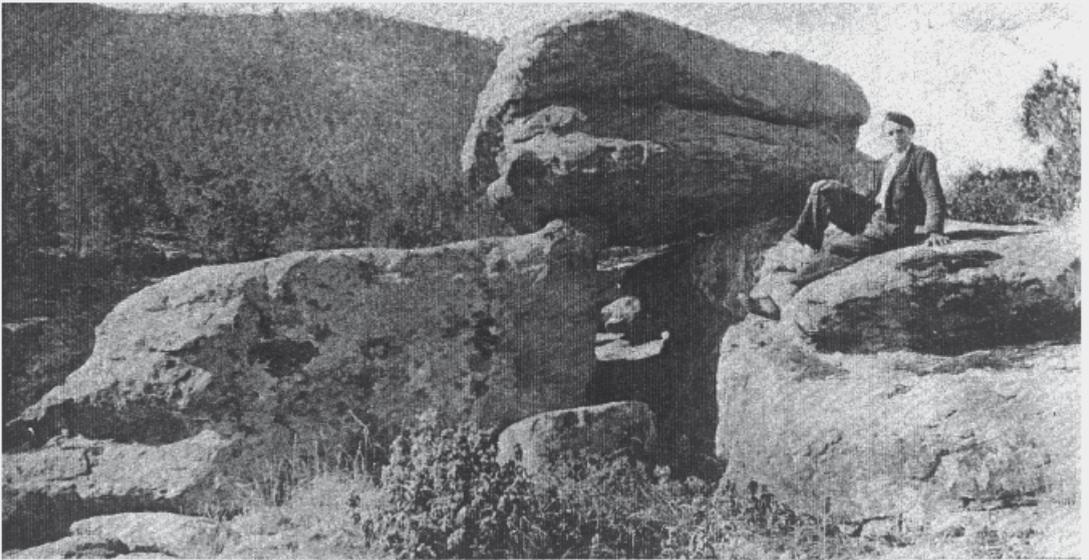


Fig. 28.—Sepultura de inhumación en la cumbre de Tajada Bajera. (Fotos (T. Ortego.)
En la foto: Julián Sánchez Villalba

Abrigo del Huerto de las Tajadas

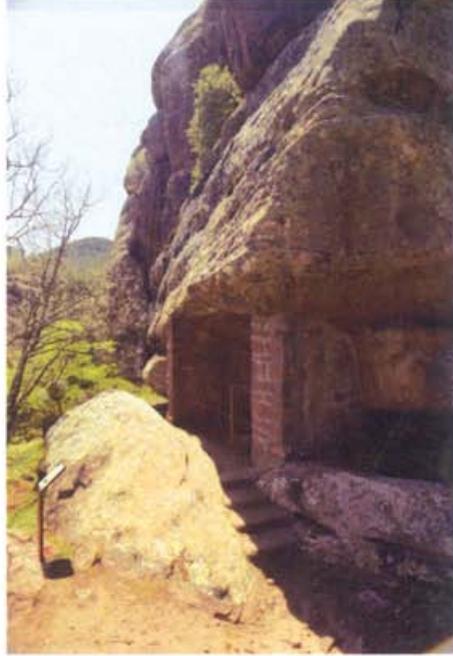
BEZAS

Este abrigo fue descubierto, en 1947, por T. Ortego. El estudio definitivo del abrigo fue realizado por F. Piñón en 1982.

Es un pequeño conjunto de figuras, localizadas en un panel de aproximadamente 0,6m de altura por unos 2 m de anchura. En la parte izquierda del panel, aparece un signo formado por una triple hilada de puntos en disposición horizontal que convergen en los extremos, de color violáceo. En el centro del panel, se ha representado un cuadrúpedo naturalista, en color pardo-rojizo, que se ha interpretado como un gamo. En la parte derecha del panel, se ha representado un cuadrúpedo grabado y pintado que ha sido interpretado como un posible zorro, o quizás, un caballo (como vemos, es una figura muy tosca y desproporcionada). Además, en el mismo panel, se han observado algunos restos de pinturas y dos cruciformes de color blanco.

Para la realización de las figuras, se han empleado distintas técnicas. El signo se ha pintado mediante la técnica del punteado, probablemente realizado con los dedos. El cuadrúpedo rojo ha sido realizado con la técnica de las tintas planas, combinada con la pintura lineal. Por último, el cuadrúpedo tosco ha sido realizado mediante la técnica de repiqueado y relleno con pintura blanco-anaranjada.

La escasez de elementos y la particularidad de los mismos hacen muy difícil una aproximación cronológica al conjunto. El cévido parece pertenecer a un momento evolucionado del ciclo levantino, mientras que el animal tosco pudiera pertenecer al ciclo esquemático.



Nota del Autor

El cuadrúpedo del abrigo de Tajada Bajera, para mí un zorro, según F. Piñón, "...cuadrúpedo grabado y pintado..." es una técnica, perdón si me equivoco, que no se da en toda la sierra.

Antes del descubrimiento de las pinturas, los abrigos ya los conocíamos de tiempos atrás, también materiales que se representan en el libro –y muchos otros más–, y como único superviviente que queda en 2013, este caso de la posible pintura picada, me sugiere los planteamientos siguientes:

- Dudas sobre si esa pintura de zorro se trata de vandalismo constatado, o bien puede atribuirse a deseo de imitar al artista que pintó en ese abrigo.
- La posibilidad de que el picado pudiera haber sido hecho –por qué no– por algún miembro de la familia propietaria de la cerrada, nada más descubrirlas y conocerse el evento, todos ya fallecidos.
- Otra posibilidad, ¿por qué no también...? de que ese picado se hiciera durante los trabajos del cerramiento del abrigo y antes de colocar la reja.

¿No puede estar la verdad de lo ocurrido en alguno de estos planteamientos...?

Tras de tantos años transcurridos, aparecen ahora en los calcos colocados en los abrigos, y en otras publicaciones, de forma destacada y ponderada, la figura, ¿se han hecho los estudios y pruebas científicas necesarias...? En tal caso, bien.

Quede claro, por si acaso, que mi nota aclaratoria sobre la figura picada que aparece en el abrigo del huerto, la Cerrada del tío Florentín, no constituye afirmación científica de que no se trata de una "posible pintura picada". Únicamente sirve como constatación de hechos, y de que en las primeras fotos que hizo Ortego no aparecía la mencionada figura, ni le oí lamentarse por esa "supuesta" destrucción de una representación rupestre; y me extraña mucho ¡con lo que él era...!

Zaragoza, Junio 2013

PROSPECCIONES ARQUEOLOGICAS

a tinta plana y en silueta de visión lateral, excepto las astas, que se representan en visión frontal, no exentas, sin embargo, de cierto sentido de perspectiva.

A unos 80 centímetros más a la izquierda de la pintura descrita, y en el estrato inmediato superior, se destaca con claridad la mitad anterior de otro cérvido aislado, siendo de lamentar que el resto se halle irremisiblemente perdido bajo las concreciones motivadas por las filtraciones fluviales (fig. 17).

Se ha interpretado en silueta de color blanco, en marcha lenta y con la cabeza agachada, como husmeando la senda que recorre hacia un signo tectiforme, reducido a dos líneas paralelas de igual coloración, que pudieran representar una trampa, o el abrevadero natural de La Balsilla, existente en el lado opuesto de Tajada Enmedio, a poca distancia, cuya alargada estructura en roca viva se asemeja esquemáticamente a las líneas pintadas a 10 centímetros del cérvido. Sobre éstas se perciben algunas manchas blanquecinas muy desvanecidas, como si la propia roca hubiera servido de paleta para dar a la pintura la fluidez apetecida.

El plano de fractura del fondo de la covacha se delimita hacia el Sur por un chaflán irregular prolongado en ángulo diedro (fig. 18), ofreciendo en esta cara nuevas pinturas de idéntica factura e igual color que la anterior, representando una cierva con su cría. Aparecen un tanto desvanecidas por su mayor exposición a los agentes naturales, pero se advierte con toda perfección la silueta empastada del animal (fig. 19).

El ciervo hembra, de primer término, observa prevenido mirando hacia la derecha en dirección de la marcha, mientras el esbelto cervato, pintado en la parte superior izquierda, pasta pacíficamente en dirección opuesta. Dos trazos gruesos y puntiagudos, de los que el animal se alimenta, interpretan, quizá, dos hongos o espárragos, especies vegetales silvestres, muy abundantes en estos parajes. Sus dimensiones son de 20 X 11 y de 20 X 10 centímetros del morro a la cola y de las pezuñas a la cruz, respectivamente.

La posición de ambas figuras y el voluminoso tamaño de la de primer término podría también traducirse como un intento de pers-

indudablemente a la necesidad de destacar las figuras del color rojizo, propio de las formaciones rocosas del triás en esta zona, ninguna otra comarca nos ha ofrecido con semejante profusión.

En efecto, aparte del empleo del color blanco en los toros y caba-

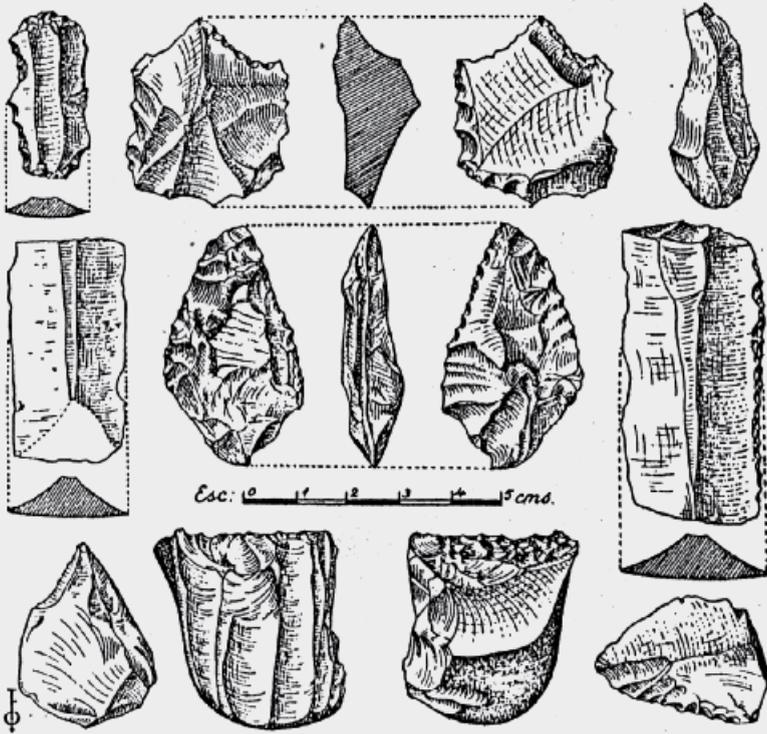


Fig. 4.—Raspador carenado, hoja de talla bifacial, cepillo, raspadores sobre hoja con retoque marginal, buril y otros utensilios de sílex, hallados al pie de Tajada Bajera.

llos policromos y del repintado de algunas figuras negras y rayadas del abrigo de los Toricos en el Barranco de las Olivanas (Tormón), existe en este mismo paraje una figura blanca, esquemática, de un dudoso bisonte, alguna otra de significación incierta y varios trazos verticales y oblicuos igualmente indeterminables.

También en el gigantesco acantilado de la Ceja de Piezarrodilla, del mismo sector montañoso, vemos un toro pintado en negro superpuesto a otro de color blanco más pequeño, del que sólo se aprecia su cornamenta en forma de media luna en el interior de las del toro negro de mayores proporciones, circunstancia esta que, dentro de un

mismo ciclo artístico, nos permite determinar la edad relativa de tales pinturas.

Y más cerca aun, todavía en el Rodeno, tenemos el abrigo próximo a la Fuente del Cabrerizo (Albarracín), donde se encuentra un hermoso cérvido pintado de esta misma coloración y estilo naturalista, viniendo a enriquecer la serie de pinturas blancas que integran este específico conjunto.

Estos ejemplares, y por tanto los del mismo grupo descubiertos

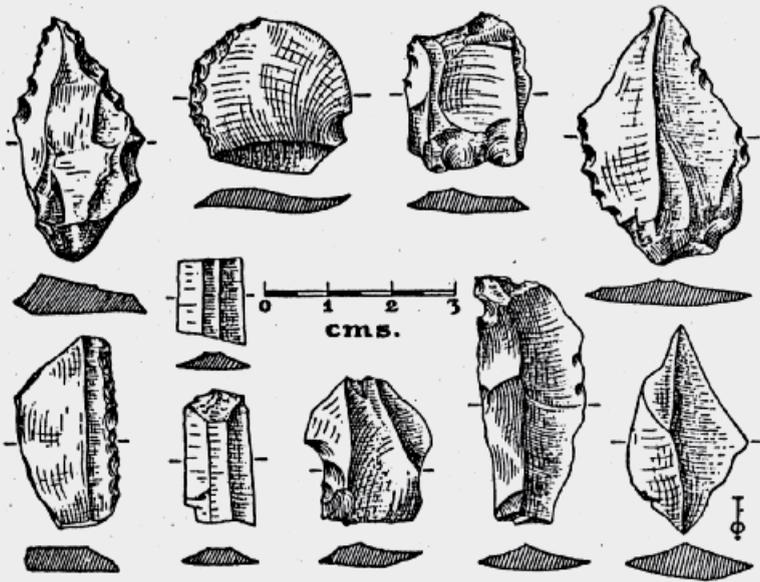


Fig. 5—Puntas, raspadores, hojitas de dorso rebajado y buriles de sílex, procedentes de las proximidades de Tajada Bajera.

en mi exploración de Las Tajadas, se representan independientemente (salvo la posible composición del cervatillo que pasta y la cierva adulta que vigila), en actitud serena, y en ningún caso se asocia a ellas la figura humana, características que encajan dentro de la tradición del arte paleolítico hispanofrancés.

Por todo ello, y teniendo en cuenta la comarca en que se manifiestan y su situación en abrigos rocosos con exposición a la luz del día, podemos considerarlos como una rezagada etapa artística de raigambre nórdica, mantenida por las tribus de cazadores en el aislamiento de estas montañas, constituyendo, en suma, una supervivencia

los filos retocados en serreta; puntas, buriles, hojitas y otras piezas microlíticas más o menos típicas.

Destacamos en la figura 4 las tres piezas centrales de sílex, integradas, la de la parte superior, por un raspador a grandes rasgos

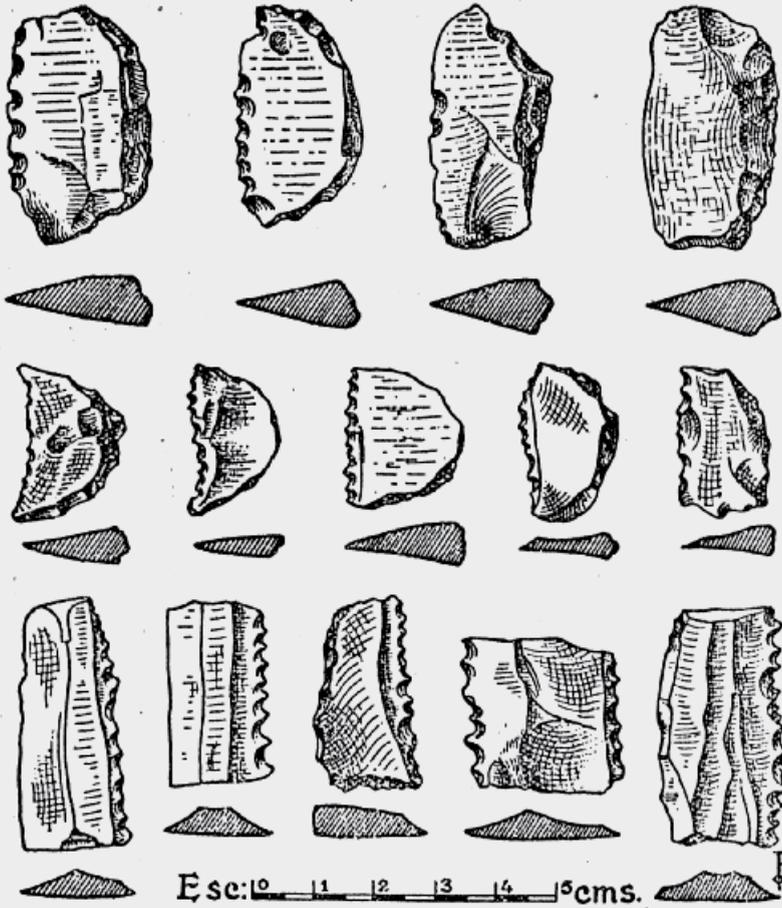


Fig. 6.—Piezas de sílex y cuarcita con borde dentado utilizadas como hoces y serretas.

pentagonal, con facetas y retoques alternos, de gran similitud con los típicos raspadores carenados, del grupo B, procedentes de las gravillas inferiores de los areneros matritenses. En medio, una hoja trabajada con cierta regularidad por ambas caras, mostrando retoques en los bordes y facetas de adelgazamiento en la base. Debajo, un cepillo elaborado sobre un canto rodado de sílex, presenta alargados

madas con puntillado en toda su longitud. La ornamentación es toda ella geométrica en técnica incisa.

Un tercer grupo, más abundante, está formado por trozos, en cuya pasta arcillosa se encuentra mezcla de sílice muy tamizada, resultando más áspera al tacto, a pesar del engobe grisáceo y suavizado de algún ejemplar. Los números 1 y 7 son de la misma vasija; el punteado de relleno está hecho con punzón fino de sección cuadrangular. En el interior del borde lleva también fina decoración en zigzag. El número 4 imita torpemente la decoración del número 3, aunque con línea seguida incisa, y el número 14 presenta la particularidad de

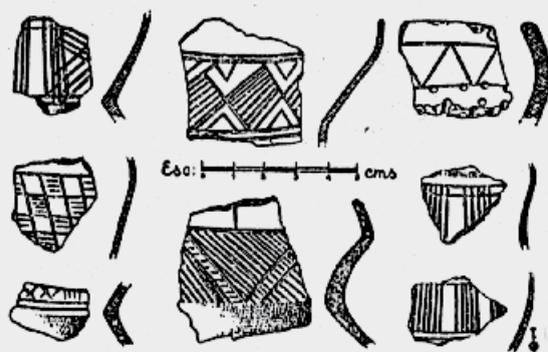


Fig. 7.—Fragmentos de pequeños vasos con fina decoración incisa.

pertenecer a un vaso cilíndrico de base plana, cuya decoración, de compleja cenefa dentada sobre la arista de la base, puede asociarse a la de típicos ejemplares correspondientes a la cultura de los Túmulos del círculo céltico centroeuropeo.

En el resto de la decoración se aprecian bandas horizontales y verticales, trianguladas con quebradas de ángulos decrecientes de relleno (5, 11 y 15), toques pareados en la base del cuello, formando hoja de acacia (13) y líneas cosidas en los ejemplares de más tosca elaboración (9 y 15).

En la figura número 7 presentamos el dibujo de ocho fragmentos pertenecientes a otras tantas minúsculas vasijas de paredes finas, elaboradas sin ayuda del torno con arcillas limpias y muy trabajadas. El ejemplar número 3 es algo más tosco y de mayor grueso; pertenece a la parte superior de una encella. Todos presentan en la sección

TEOGENES ORTEGO

CERÁMICA EXCISA.—A media altura del sector sur de Tajada Bajera, entre ésta y los peñones desgajados del núcleo principal, se encuentra una reducida plataforma accesible por escarpado talud, y cuya capa vegetal, de pobres terrenos detríticos, se destina a cultivos de secano. El examen detenido de la tierra removida por las labores nos proporcionó un interesante lote de fragmentos decorados, entre los que abundaban los de técnica excisa. Una cata practicada en el centro del cercado nos reveló la existencia de un rico estrato arqueológico a la profundidad de 70 centímetros, abundante en cenizas, frag-

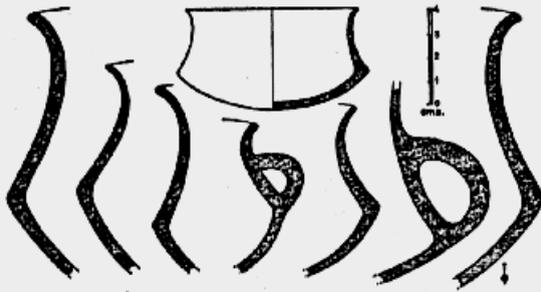


Fig. 8.—Algunos perfiles de tipo argárico, de fragmentos hallados en Tajada Bajera.

mentos cerámicos del Bronce y restos óseos de rumiantes, el cual dejamos intacto.

La circunstancia de pertenecer tales fragmentos excisos a un mismo recipiente nos ha permitido su restauración y determinar las dimensiones y riqueza decorativa del mismo (figs. 23, 24 y 25).

El recipiente mide 16 centímetros de altura por 38,5 de anchura en la boca y 46 en la máxima convexidad. Fué elaborado a mano, sin ayuda de torno; la pasta, sin mezclas extrañas, presenta color moreno, y su consistencia es indicio de buena cocción. En el grueso del vaso se advierte un fino engobe rojizo, y sobre éste, al exterior, el revestimiento de una capa de color moreno, igualmente fina, y bruñida con esmero. Interiormente se halla bien pulimentada, y muestra el color oscuro de la pasta. La zona interior, correspondiente a la base, se halla pintada de color amarillo. Da un grueso medio de ocho milímetros, reduciéndose algo hacia el borde. Su perfil en S y su fondo de casquete esférico de gran radio, sin resaltes de apoyo, lo aso-

ciamos a formas cerámicas propias de finales del Bronce y comienzos del Hierro (fig. 9).

En su rica decoración se aprecian dos temas fundamentales: una cenefa ceñida al cuello, y, paralelamente, una faja amplia que ocupa la zona central superior, desde la parte baja del cuello hasta rebasar la inflexión de la base, ciñéndose a todo el recipiente.

La primera está integrada por tres paralelas equidistantes, tra-

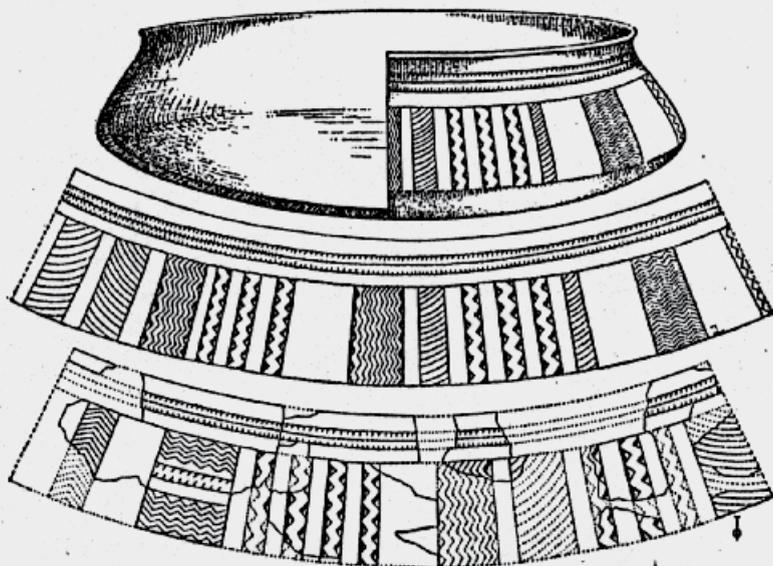


Fig. 9.—Reconstrucción del gran vaso de Tajada Bajera y desarrollo de la zona decorada con técnica inciso-excisa.

zadas con toques profundos continuados e incisos de punzón agudo aplicado oblicuamente sobre el barro tierno. Las líneas de los extremos se animan desde el espacio interlineal por menudo picado a base de finos trazos perpendiculares, que en la línea del centro, y no en toda su longitud, se repiten por ambos lados, correspondiéndose, con efecto de línea cosida.

La faja central se separa de la cenefa del cuello, por una banda lisa, quedando delimitada por dos líneas en una anchura de 8,5 centímetros, que, a su vez, se divide transversalmente por franjas y espacios lisos, alternando con otros prolijamente decorados con motivos geométricos arcaicos de ritmo zigzagueante, quebradas en espiga y rellenos lineales oblicuos o ligeramente curvos.

ferencias en toda su longitud, presilla o pie de fibula con parte del arco, decorado en los bordes y centro con fina labor de buril de extremo cortante por movimiento angular; punzón de sección cuadrada, lámina alargada, punta plano convexa de puñalito, alambre delgado de sección cuadrangular y arquillo apuntado en forma de anzuelo. En el centro del conjunto queda un trozo de asa, también de cobre, con clavillo transversal en el extremo mejor conservado.

En el mismo bancal, donde encontramos la cerámica excisa, apareció un gran agujón de bronce de 14,5 centímetros de longitud y tres milímetros de sección media con un extremo aguzado. En el lado opuesto aumenta el grueso progresivamente hasta rematar en cabeza esférica decorada con estrías paralelas, que se prolongan como tres



Fig. 10.—Pie de fibula, cuenta de collar, brazaletes y agujón.

apéndices puntiagudos hasta el vástago, simulando una delicada labor de engaste (fig. 10).

Independientemente de este grupo, aunque de la misma estación, contamos con un ejemplar de hacha plana de cobre, hallada casualmente por unos canteros en una grieta de roca en las proximidades de Las Tajadas. Sus dimensiones son 143 milímetros de longitud por 14 milímetros máximo grosor. La anchura del corte tiene 41 milímetros, y el talón, 15,5 milímetros por 4,5 de grueso. Este decrece hacia ambos extremos, y la anchura disminuye hacia el talón en la misma proporción que aumenta hacia el corte, sin que apenas se acentúen los extremos del filo. Tipológicamente se halla muy cerca de las formas primitivas almerienses. Pesa 441 gramos (fig. 29 bis).

OTROS HALLAZGOS.—Notables son tres fragmentos de pequeños recipientes, alargados dos de ellos y aplanado con un reborde de poca altura el tercero, provistos de menudas perforaciones en base y panza, a excepción del cuello, posiblemente usados, como requesoneras, coladores o encellas, frecuentes desde el Bronce inicial en los yacimientos de la región.

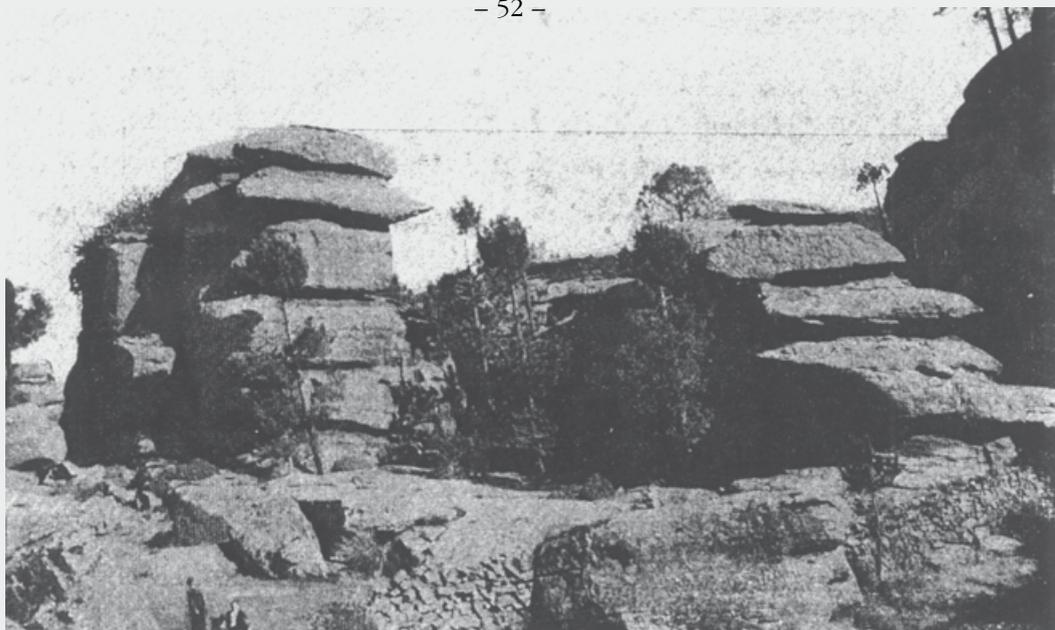


Fig. 29.—Callejones de El Toril entre el roquedal de Las Tajadas.

En la fotografía: Marcial, Julián, la perra Carolina

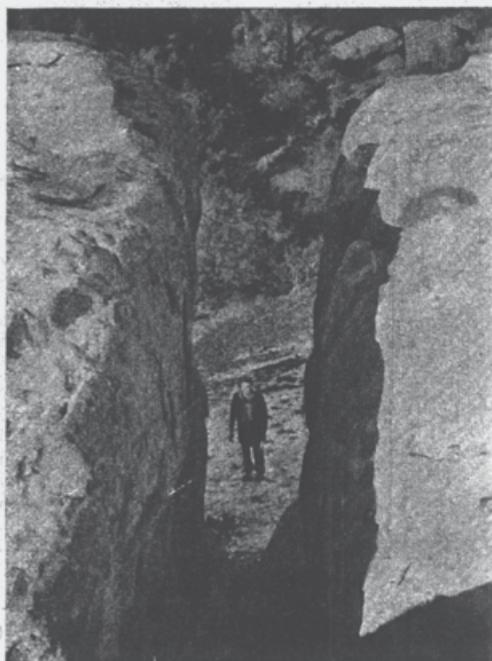
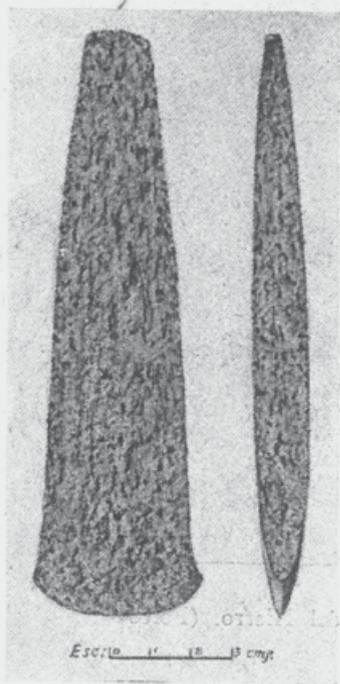
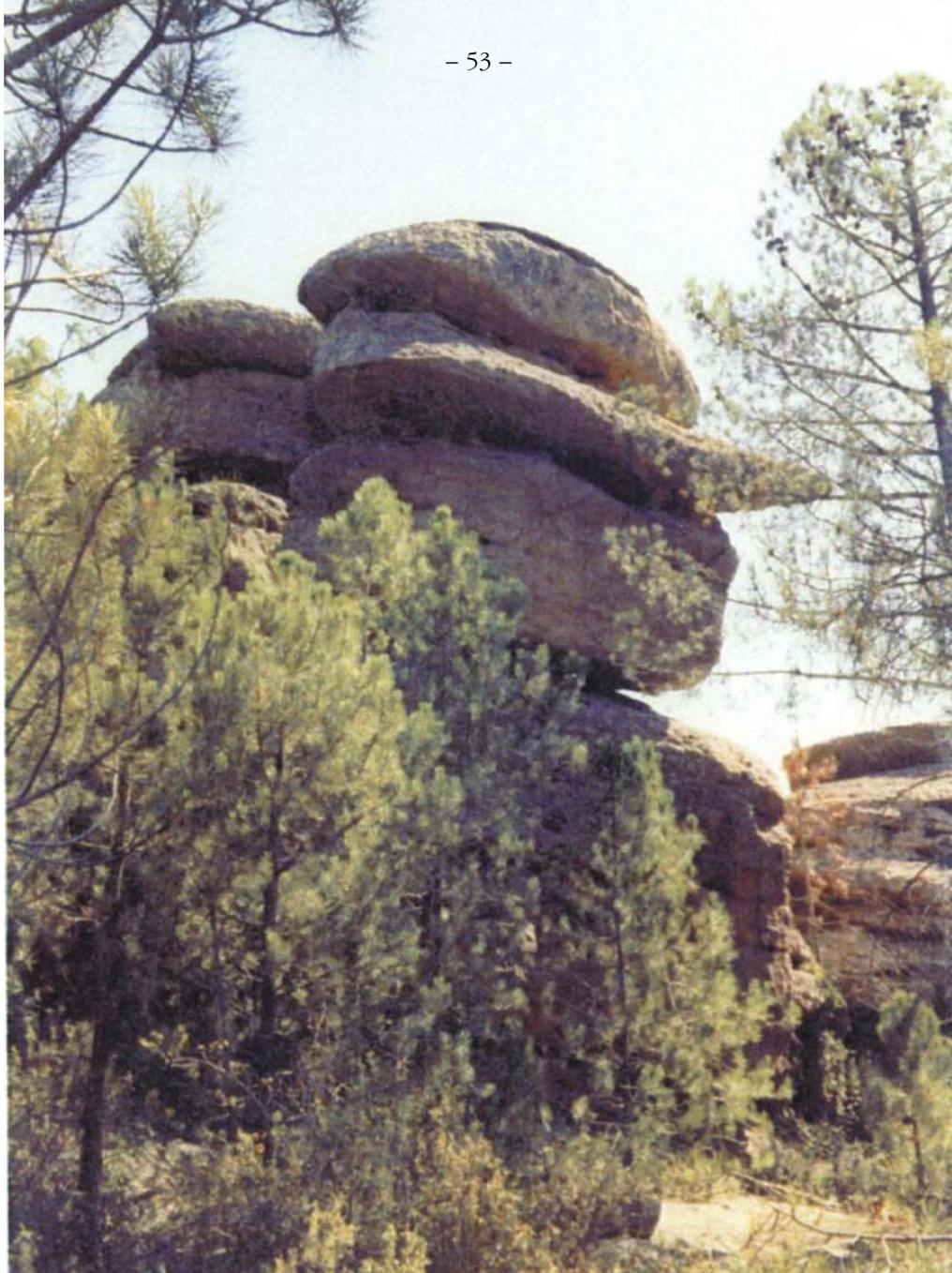


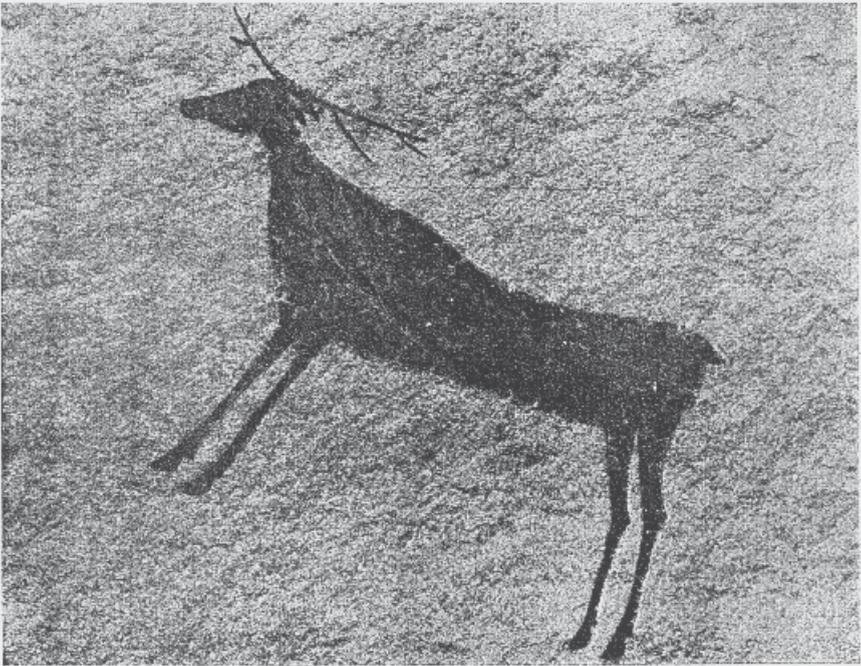
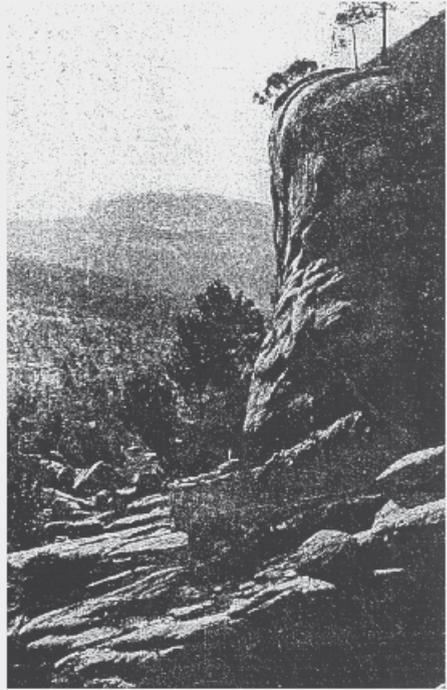
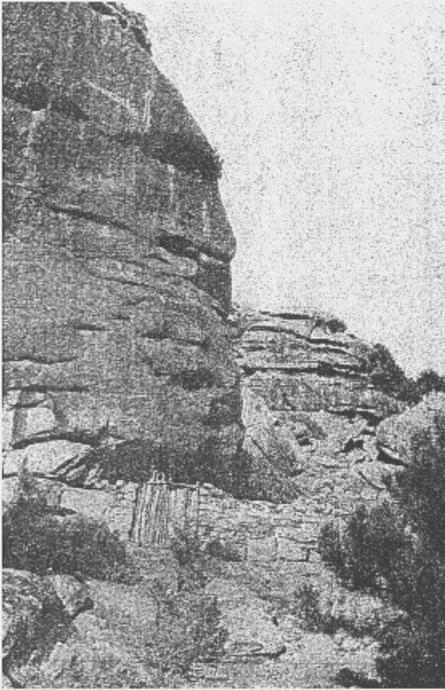
Fig. 29 bis.—Hacha de cobre hallada en las proximidades de Las Tajadas.—Fig. 30.—Entrada Norte y rampa de acceso a la cumbre de Peña del Hierro. (Fotos T. Ortego.)

En la fotografía: Julián Sánchez.



*Callejones de El Toril, cerrado del tío José. Yacimiento arqueológico de Las Tajadas, el único excavado -a medias- en el año 1946, bajo dirección facultativa (arqueólogo Teógenes Ortego Frías).
Prospecciones arqueológicas en Las Tajadas. 1986*

Nota del autor: En la figura 29, del libro de Ortego, Callejones del El Toril, izquierda mirando la fotografía, aparece el peñasco despojado de pinos, a continuación de la pared del cerrado. El autor tomó su foto en 1986, 40 años después de hacerlo Ortego, desde un lugar estratégico y la presentó a una exposición con el título de “La gorra del tío José”. En la actualidad, (2013) trascurridos 68 años de la foto de Ortego, el peñasco apenas se ve, los pinos son tan grandes y frondosos, que es prácticamente imposible fotografiarlo.



Figs. 14 y 15.—Dos vistas del peñón de Tajada Enmedio, en cuya base descubrimos el segundo abrigo con pinturas rupestres.—Fig. 16.—Ciervo de color rojo oscuro pintado en el friso Este del abrigo. (Fotos T. Ortego.)

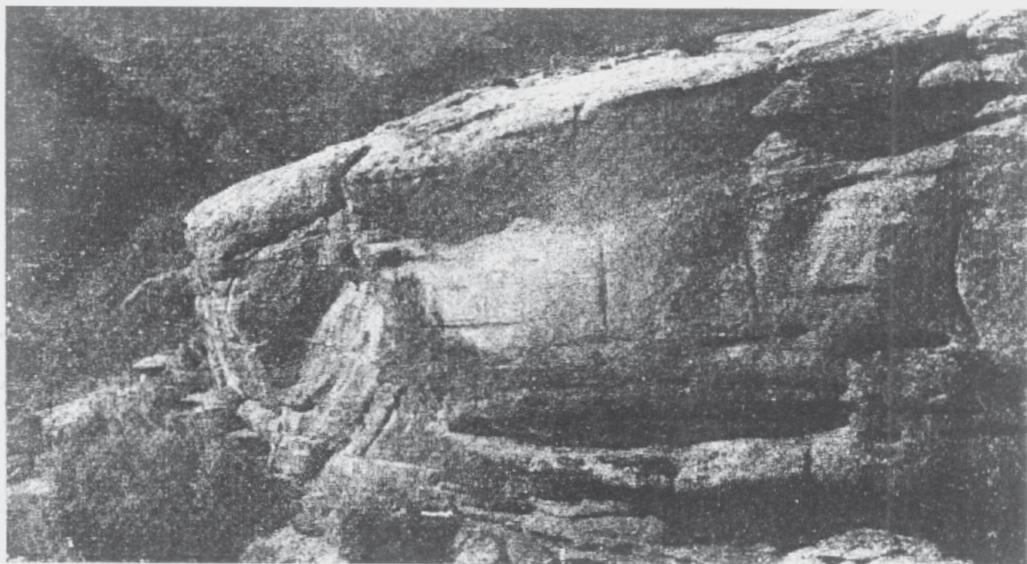


Fig. 31.—Vista del costado Este de Peña del Hierro y covachas alargadas de su base.

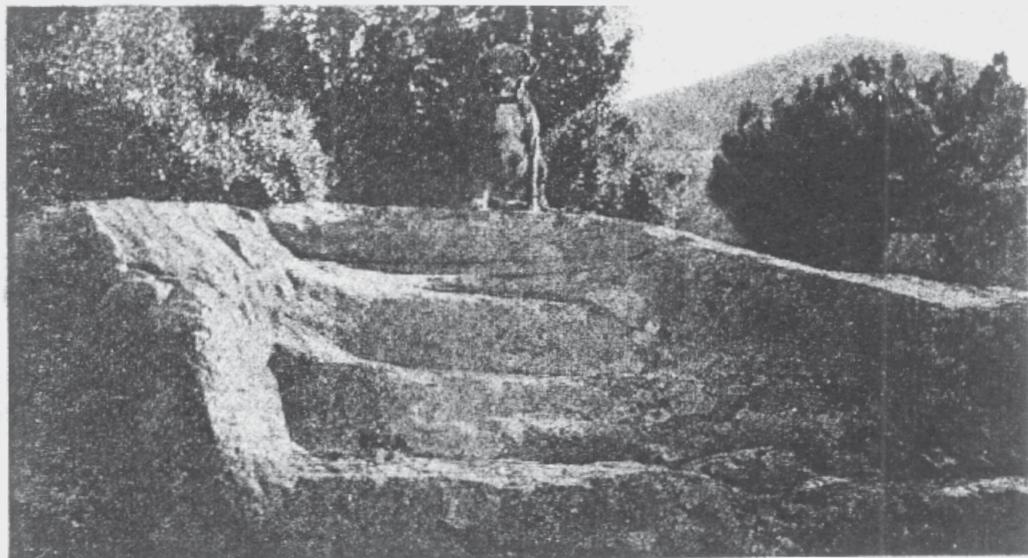


Fig. 32.—Escalinata tallada en la cumbre de Peña del Hierro. (Fotos T. Ortego.)

Fig. 20. — Fragmentos de cerámica a mano con resaltes en los bordes, marmelones y apéndices perforados para asas. Ejemplares de superficie rugosa, encellas, y otros de perfil carenado.

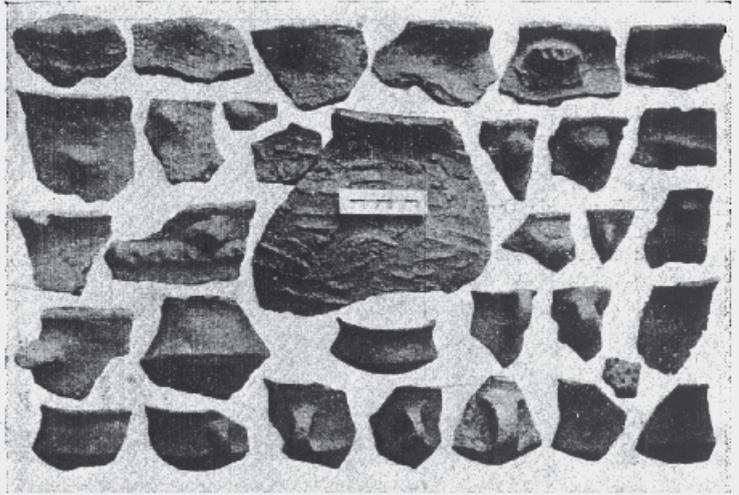


Fig. 21. — Diversos tipos de cerámica de relieves lisos y acordonados con incisiones dactilares.

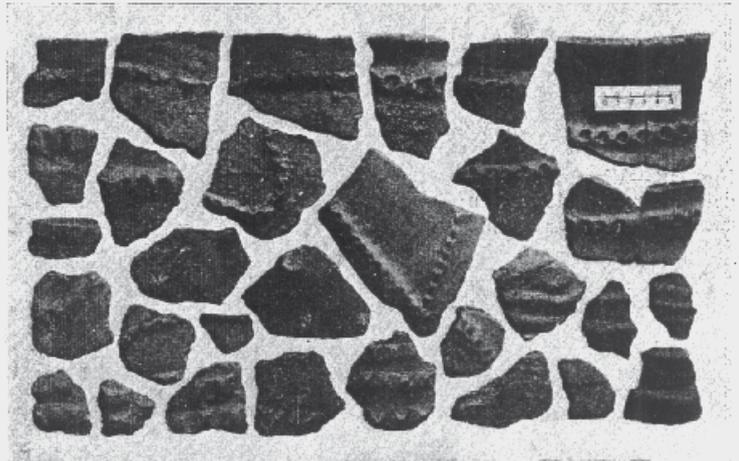
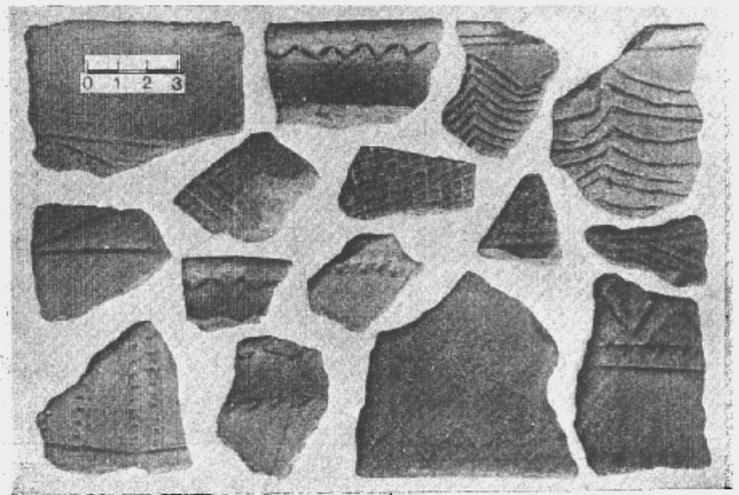


Fig. 22. — Algunos fragmentos de vasos con decoración incisa. (Fotos T. Ortego.)





Cerámica excisa de las Tajadas de Bezas

Observación

Conocí al catedrático Don Antonio Beltrán Martínez de una relación comercial en mi oficina, le vendí un coche que, me dijo, pensaba usar para ir al yacimiento de Botorrita y algún otro de las cercanías.

En conversación distendida, era la primera vez que hablaba con él, le cité las pinturas, le dije, que las descubrió el arqueólogo Teógenes Ortego Frías, de cuyo equipo de prospecciones formé parte. Mostró interés por el pueblo, y al nombrarle Bezas, dijo que sí que las conocía.

Me encantan Las Tajadas de Bezas, dijo; es un paisaje precioso del Rodeno. Es un conjunto de pinturas de tres abrigos a cual más interesante del arte Levantino, de una técnica impecable, lástima que el agua ya ha borrado parte de un ciervo. Así, en palabras casi textuales, se expresó Don Antonio Beltrán.

Lo que no nombró para nada (absolutamente cierto), que existiese una pintura que había sido picada. Y la figura de un zorro –o lo que quisieran representar– ya estaba allí antes de proteger el abrigo.

¿Fue omisión, despiste, por parte de Don Antonio Beltrán, al omitir hablarme de la “pintura picada...”?

¿Consideró que el tal cuadrúpedo no es un picado sobre una pintura...? Ahí queda.

Zaragoza, Junio 2013

Al cierre de mi trabajo sobre Las Tajadas

Especialistas de la Universidad de Zaragoza para el Parque Cultural de Albaracín han dicho, “...*los grabados hechos con una técnica de repique-teado que aparecen en el abrigo del Huerto de Las Tajadas (cerrada del tío Florentín), por fuerza tuvieron que hacerse entre los años 1952 y 1982 (sic)...*” (Heraldo de Aragón, 12 de agosto de 213).

A un colaborador directo de Teógenes Ortego Frías, en el momento de ser descubiertas las pinturas, así como de los trabajos de prospección llevados a cabo en las mismas fechas; que nunca aceptó que el “zorro” picado que aparece en las cerrada del Tío Florentín se tratara de una pintura destruida por ese sistema, le satisface gratamente la afirmación de estos científicos. Sería interesante se aclarara este hecho en nuevos calcos y publicaciones.

J.S.V.

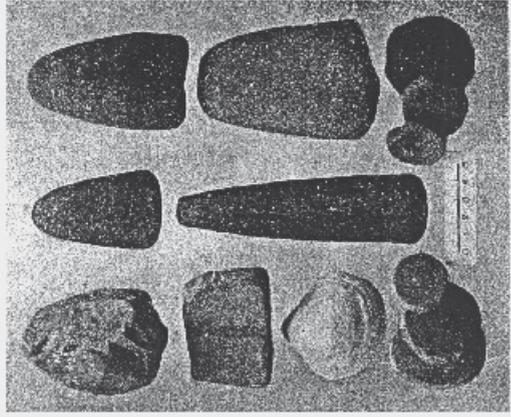
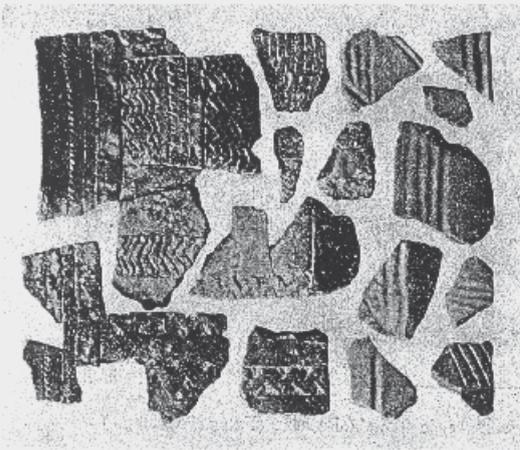
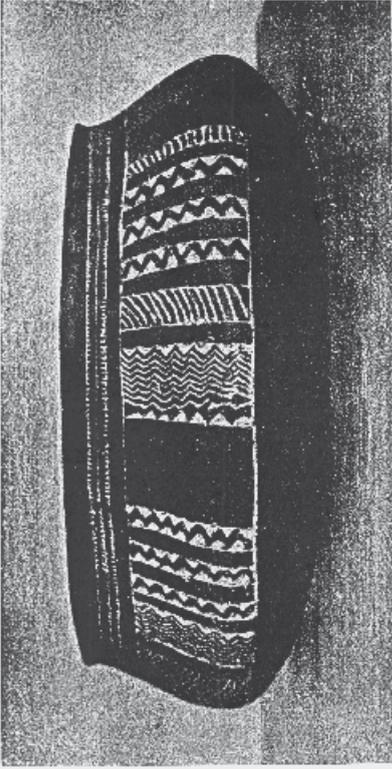


Fig. 23.—Fragmentos de cerámica con decoración inciso-excisa y acanalada.—Fig. 24.—El gran vaso con decoración geométrica inciso-excisa procedente de Tajada Bajera.—Fig. 25.—Fragmentos del mismo vaso.—Fig. 26.—Percutor de sílex, hachas pulimentadas, molde para fundición de varillas, hacha de cobre, discos de cerámica y otros hallazgos del mismo paraje. (Fotos T. Orrego.)

Bibliografía

- TEOGENES ORTEGO FRIAS
(Prospecciones Arqueológicas en LAS TAJADAS de BEZAS)
- JULIAN SANCHEZ VILLALBA
(Colaborador, miembro del equipo)
- ANTONIO BELTRAN MARTINEZ
(Heraldo de Aragón 1972)
- F. PIÑÓN
(Parque Cultural de Albarracín, Bezas, pág. 47)

Epílogo

Este bello paisaje de Las Tajadas estuvo habitado por tribus trogloditas, que dejaron profundas huellas en las peñas, segura morada contra fieras y tribus enemigas.

Lo mío sobre la propia historia de aquellas tribus y su vida, es puramente subjetivo. Pero sobre este singular poblado se ven realidades objetivas como para formarse una somera idea de lo que daría de sí la vida en este bellissimo poblado. El trabajo sobre mis andanzas por Las Tajadas está elaborado con absoluta fidelidad al conjunto, a la vez con pasión, que se nota y, cabe decir, que bien poco más se puede añadir.

Tras la extinción de aquellas tribus, el lugar debió quedar olvidado, o casi olvidado, y las gentes posteriores, de Bezas, seguramente, lo saben por señales constatables. Un tanto anodinas estas gentes y de economía muy precaria, consideraron estos constreñidos espacios como legado, aprovechando sus inverosímiles terrazas para cultivos precarios.

Todo lo que a diario aparecía ante sus ojos, las cerámicas, los utensilios, las huellas en las rocas les tenían sin cuidado. Con su atavismo a cuestras, recogían las menguadas cosechas y no querían saber más. Así se explica que el poblado de Las Tajadas se perpetuase durante el siglo XIX y parte del XX en un casi primitivismo consentido en las cimas donde habitaron las tribus.

* * *

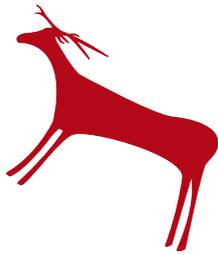
Sabíamos que existían pinturas por la zona de Tormón, que se llevaron una serrando la roca; pero Las Tajadas estaban ahí, hundidas, casi olvidadas, pero eso sí, extraordinariamente bien cuidadas por los habitantes de Bezas, encariñados con ellas, en un aceptado ostracismo...

Fue Teógenes Ortego, quién sabe si inducido por ese casual encuentro, quien sacó a la luz este importantísimo yacimiento. Ocurrió por los años 1944-1945, que él data en años 1946 y 47 (sic), en su libro de Las Tajadas. Y tras ese “inesperado” encuentro, creo que tomó la decisión de que había que hacer algo más que una simple visita a ese encantador conjunto de peñones llenos de historia, tan olvidados.

Porque ya Cabré anduvo por esta Sierra y publicó en el año 1915 algo sobre cuevas con pinturas rupestres, pero no se trata de los abrigos de Las Tajadas de Bezas, que corresponde a Ortego como el único descubridor quien las dató y publicó por primera vez.

Coincidencia, intuición, constatación por signos evidentes y demostrados con pruebas... Lo cierto es que a Ortego corresponden tan brillantes resultados. Para quienes le ayudamos es un halago; para el pueblo de Bezas constituye un orgullo saberse citado en círculos culturales internacionales del arte rupestre mundial.

Junio, 2013



BEZAS
RODENO Y ARTE